Repertorio Americano

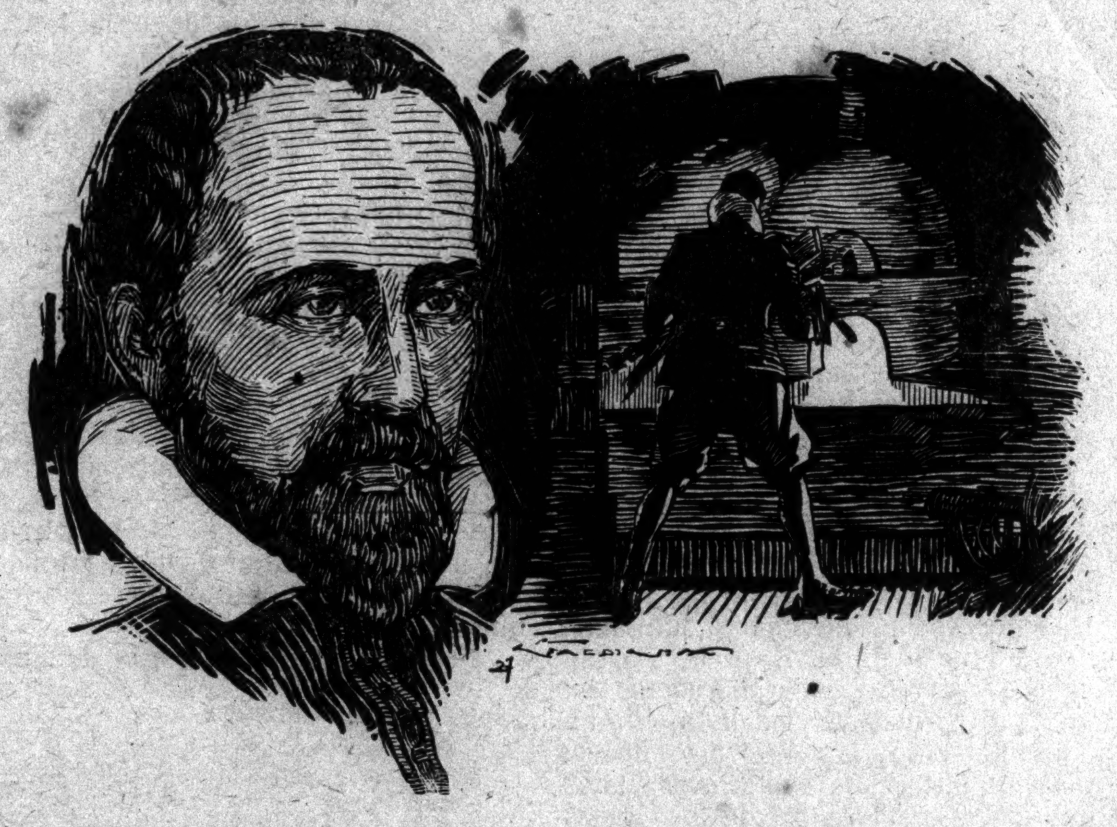
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII | San José, Costa Rica | **1929** | Sábado 15 de Junio | Núm. 23

SUMARIO

Artesanos franceses:

Bernardo Palissy



Niño y mozo.—A mediados del siglo XVI, nació en este pueblo de Saintonge, por donde yo ando, Bernardo Palissy, el de las porcelanas. Pudo firmar así, B. P., hombre de los esmaltes franceses, si, como antes, nos metieran el oficio dentro del nombre.

Artesano vulgar y mujer pobre le pusieron en la tierra de Francia (que él cavaría más que el tejón) a tener pasión y gloria dentro de la artesanía.

Casi ninguna educación, e instrucción menos, lo que vale decir nada de ayuda y a la vez nada de embarazos para el atrevimiento.

Muchacho, ya trabajaba en cosas de vidriería, oficio de lucrar en tiempo de iglesias. «Vivo pintando imágenes para existir», dice él, en su linda prosa expresiva.

La primogenitura de los oficios europeos se la atrapaba Italia y él estudió por eso algunos maestros italianos. Él comenzará a hacer virar el gayo barco de los oficios hermosos hacia Francia, el pobre mozo metido en arenas y cales. Los oficios son reinados pero los hace la plebe, que se queda plebe por la torcedura de los pícaros que clasifican...

Del artesano poltrón no tenía nada: ni del tipo Jacobo Boeme, zapatero sentado semanas y semanas, ni del curtidor sedentario de Florencia. Dejó su pueblecito y se fué al Mediodía francés; luego al sur de Alemania; luego a los Países Bajos. Pintando imágenes había manejado un poco el mundo, barajado en caras de Santos y en decoraciones de frutos y bestias raras, países que lo convidaron a andar. Se le entró así el gitanear en la sangre pronta que era la suya.

En otra frase de aquellas donosas que le saltaban a la pluma, él asegura que por todas partes «anatomizaba la matriz de la tierra». No dice que se regodease, en su piel, como el ceramista griego, sino que huroneaba en su matriz misma. Era así, profundo y ágil, haciendo sus anotaciones. En banalidad no cae nunca; el literato sobrado de tiempo puede banalizar; el artesano urgido de horas, si escribe, es para entregar hecho o aglutinar esencia.

Madurez.—A los veintinueve años se sienta con sosiego en el pueblo de Saintes—donde otros creen que nació—y se casa.

Yo no sé si le pesó mucho o poco en su vida el haber tomado mujer; pero le pesó. El casi-químico, como el químico, cuando no posee renta deslindada del oficio, se ve en apuros para ensayar durante meses, dando dineros semanales.

Todavía hace vidrios estampados y la mujer se le junta como a obrero regular, con soldada precisa y sin salto de azar.

La vocación súbita.—Un día no como todos los días, no día burgués, de dominó en los colores consabidos, Bernardo Palissy vió una copa de linda porcelana que él volteó en la mano, enajenado de ver cosa tan bien concebida, tan bien tajada, con piel enjuta, pulida y dura. Esto se llama *la lanzada* de la vocación, y se queda herido de ella para toda la vida. Él cuenta que esta copa «lo puso en batalla con su propio pensamiento». Desde que ponía imágenes e imágenes a arder en sus vidrios, él había conversado de este orden fino de trabajo, haciendo reir a los otros artesanos. Los obreros no creen—sobre todo hoy—sino en el reino que tocan: alfarería o vidrio—y ponen ojo bizco a la aventura. Su miedo del riesgo es bastante burgués.

Su mística tenía Bernardo, una mística adobada a la arena y los barros de su menester, y dice que Dios «le había dado a entender»—le había llamado, quería decir—otros vericuetos escondidos, pero magníficos de la artesanía.

El pobrecito no sabía nada sobre las arcillas, por desgracia. El viajar como él viajó, excita el ojo con formas; pone al andador beodo de luces, acentos y materiales diferentes del propio oficio, pero no deja apearse a aprender lo nuevo con dato, con fórmula, y calmosamente. Aparte de que los maestros de aquel tiempo eran más celosos de los «secretos» que les daban de comer, en cántaros y platos novedosos, que de su sangre, y no los pasaban nunca de mano a mano como una naranja...

«Lo que no se recibe se arrebata», dice el refrán mexicano, y el fuego, que es el patrón sobrenatural de Bernardo el ceramista, violenta la greda y la hace dar testimonio.

Duelo con el fuego.—No se trata de jugar a las alfarerías fáciles como cualquier vieja que tiene prontos los de-

dos. Salta él al cogollo del ramo con el más lindo coraje que pueda darse; es la porcelana china, la de aquella copa de la *lanzada*, lo que Bernardo busca lograr en un pueblecito francés y además en época de oficios sietemesinos.

¡Le va a costar, cómo le va a costar! El invento es repecho, cuando no es casualidad, y aunque esta porcelana superior estaba ya descubierta, y contaba la vejez de la alimentación de arroz asiática, Bernardo ignoraba la rancia receta.

Las ventajas que lo asisten son: una testadurez de artesano un poco pezpunteada de orgullo; una sordera sabia para no oir el rezongo cotidiano de la mujer, y, algunas veces, sólo algunas veces, un buen humor galo con que contestar a los burlones una picardía cuando les oye la vil risita.

Ensayó primero en hornos ajenos, en los de la Cerámica de Chapelle aux Pots, y consiguió un esmalte blanco sin nobleza sobre unos medallones en relieve. «Pero la mediocridad de estos trabajos, cuenta, le dió *como más calentura* para buscar el esmalte ilustre, el esmalte en seco, el *esmalte*».

Entre una prueba y otra, él acepta trabajos que le dan dineros y pone los dineros a lo suyo, en vez de aumentar la carne ahumada de su cena o de comprarle a la mujer la media de lana. Avidez grande del oficio, que exige más que el amor, y que crea tanta discordia como el amor en la regularidad de la vida.

Ahora ensaya hacer la porcelana en los mismos hornos de la vidriería y el horno le da un engaño de éxito. Después de cuatro horas de cocción, la porcelana parece blanca y pulida y «ver esto, escribe él, me causó una alegría tal *que creí haberme vuelto una criatura nueva*». Esta sensación frenética nos da razón a los que creemos que el oficio pasa por los mismos trances del amor, sólo que con ventajas en la duración de la dicha.

El triunfo le envalentona y levanta con sus manos una pequeña fábrica de vidrios que tiene como atributo mayor un horno poderoso. (Estos hornos de la cerámica pobre son desgarbados y feos por fuera; pero, acercárseles, y el lecho de fuego hace gritar de su hermosura. El sonrojo sube, y el interior del horno es el de una fucsia gigante.

El muy friolento capital se le había ido en las dotaciones y apenas le quedaba para combustible. Así fué como la primer cocción tuvo que interrumpirse. Fuese defecto del horno, fuese la mudanza del material mismo, el esmalte no se cuajaba ahora ni a la sexta noche. Además de amarga, la prueba resultaba cara, y no era cosa de malograrla. El pobre Palissy va y viene cogiendo tablas, cachivaches y horquetas de jardín, embelecos que no le arden más de una hora. Entonces fué cuando él, ya desatentado, arrancó el piso de su casa entero y lo echó a la hornaza. Los cántaros y platos estaban adentro, sentados con la indiferencia de los Budas en el fuego, el kaolín y el feldespato enjutos en vientre y asentaderas. De momento en momento, él se asomaba a espiar la empolladura roja con un ojo de congestión un poco ribeteado de sangre. Las piezas seguían iguales, viendo en torno la llama insuficiente y la mirada del ceramista, encima, como la del cazador sobre una presa preciosa que no se mueve...

Al obrero que había cogido con el engaño de la ganancia, tuvo que despedirlo seis meses después, y le pagó sus salarios con su ropa, que seguramente, no los valía...

Otro ensayo con el horno rectificado, y consigue la licuación de la pasta; pero, para estropearle la pobre alegría, las paredes de piedra saltaron en pedacitos y le rompieron, claveteándoselo entero, el esmalte logrado, pieza a pieza.

Ahora viene la más penetrante anécdota de este hombre lleno de ellas, como un Napoleón... El debe préstamos a los vecinos A, M, Z, y como les ha noticiado de que la cocción va bien, éstos se vienen todos a asistir al suceso, rodeando el horno como una comadrona que fuese a mostrar un recién nacido. Bernardo saca sus piezas malogradas y oye que le ofrecen por ellas unos sub-precios, en buenos aprovechadores de la desgracia. Los oye, y destruye delante de sus ojos toda la hornada... Después, se acostó descoyuntado de desaliento. «Yo no tenía nada, dice, sino reproches y hasta maldiciones en mi casa, y no quise oirlas». La mujer estaba escandalizada de la testarudez de su hombre con la arcilla, y se acordaba, como los judíos de los ajos de Egipto, de los salarios regulares y aun grasos, que recibía el Bernardo vidriero de antes.

Quince o dieciseis años dura este duelo del hombrecito empecinado con el horno, como salamandra y salamandra. No se sabe cuál de los dos es más demoníaco—en el sentido griego del adjetivo—si el fuego que no le alcanza la caloría mil trescientos, o él mismo, ardiendo de su tesón ahora colérico.

Su primer éxito verdadero serán unos esmaltes jaspeados de blanco, azul y negro, en manchas calientes e irregulares, que entregan un conjunto agradable y hasta sorprendente.

Vienen en seguida sus «figulinas rústicas», de inmediata aceptación en el mercado, y que de un golpe le enderezan la balanza económica. Sobre un plato o un mosaico espacioso, Palissy desparramaba conchas, lagartos, culebras, ranas y anguilas, donairosamente, consiguiendo grupos fascinantes. Estos platos barrocos—barroquísimos son; yo he visto y tocado bien cinco de ellos—se los disputaban los nobles y los villanos ricos, por la vivacidad de los conjuntos animales, más apasionantes que las guirnaldas de frutos de los de la Robbia. A esta zoología cerámica, un poco mágica (y magia negra a trechos como la gárgola medioeval) se le llamó en su tiempo «composiciones rústicas».

Prisión por proselitismo.—En el buen poyo de piedra de su acierto, estaba sentado el pobre Palissy cuando le llegó una orden de prisión. Se había vuelto hacía tiempo protestante, y a su manera de ceramista, es decir, con la hornaza y con la humareda ostensible de la creencia. A nadie se la escondía y hasta la propagaba. Afortunadamente, el Condestable Montmorency, que le conocía la aristocracia artesana, le hizo salir pronto de la cárcel con indulto del Rey. Le consiguió además de Catalina de Medicis un título de «inventor de figulinas rústicas para el Rey y la Reina madre». Bella frase larga en papel de ordenanza real.

San Cristóbal de la cerámica francesa.—Bernardo debió creer hacia el final de su vida, como buen artesano acicateado por las pimientas de la perfección, que no dejaba una porcelana adulta, una porcelana mayorazga, como la que tocaba en el aire, cerrando los ojos, con sus dedos de maestro. Dejó, sencillamente, la porcelana domiciliada en tierra francesa; fué padre de vasta industria bella; fundó oficio, que vale más que fundar ciudad; apuró la salmuera de los comienzos y dejó a los obreros que han venido después—los normandos, los de Sevres, los de Moustiers, los de Limoges—el trago dulce del trabajo definitivamente domado.

Pueden ponerse en torno de Palissy todas las cerámicas

actuales de Francia, dejándole a él como eje paterno. O, si se hace un vitral espacioso, en que se cuente la aventura del dicho oficio, dividido, como industria federal que es, en unos cuarenta carteles anecdóticos, Palissy quedará siempre en el centro, grande como un San Cristóbal de la *faïence* superior. Su cara, en tal «imaginería», no ha de ser joven ni complacida, sino más bien un poco miguelangelesca, puesto que su pasión de redentor de barros duró nada menos que dieciseis años. Mucho tiempo, dieciseis años. Durante ellos se nace, se juega, se aprenden letras, se enamora y hasta se casa un hombre. Pero no se caza oficio entero. Eso no, eso no. ¿Verdad, Bernardo Palissy?

Gabriela Mistral

Saintanges, marzo de 1929.

(Tomado de la prensa hispanoamericana. Reproducción prohibida).

Poesías de Asdrúbal Villalobos

=Tomadas de la obra *Frutos caídos*. San José, Costa Rica. 1929.=

Del último veraneo

En plática serena nos fuimos alejando...
Su acogimiento amable me tornó más locuaz
y le pedí, en nombre del corazón, el blando
regazo de su afecto, para vivir en paz.

Ella, nerviosa y fina, oía complacida,
y al tiempo que en su rostro temblaba un arrebol,
le dije cómo era su sonrisa en mi vida
la gota de rocío, el rayito de sol.

Le hablé de cómo en días de dolor y de duda
surgía dulcemente de mi ánima desnuda
su imagen, salvadora estrella de Belén;

y cuando mi silencio como un paje discreto
se inclinaba ante ella para oír su secreto,
tornó a mirarme y dijo: ¿su familia está bien?...

Cuando tú pasas

A *María Cristina*, novia de ayer, compañera de hoy, y amada de siempre.

Dios te guíe por buen camino,
digo cuando pasas tú,
como si fueras estrella
desprendida del azul...
Y me quedo contemplando
el reguerito de luz
que como una estrella errante
dejas, cuando pasas tú!
Mas, cuando en la lejanía
no te alcanzo a mirar ya,
como una perdida estrella
que cesara de alumbrar,
Dios te guíe por buen camino,
repito con gran temor,
pues de niño me pidieron
que siempre dijese así
al ver una estrella errante
esfumándose fugaz,
pues si la estrella se pierde,
desgracias pueden llegar...
Y como eres una estrella
desprendida del azul,
y a tu paso vas dejando
un reguerito de luz,
Dios te guíe por buen camino,
digo, cuando pasas tú!

Para su corona

A la memoria de *René Bonilla*

Florecilla blanca,
madeja de ensueño rizada y sedeña:
por qué tan de prisa dejaste la vida,
si a veces, la ingrata, queriéndola es buena...

Tú, que en todas partes colgaste sonrisas;
tú que fuiste alegre como una locuela,
callaste de pronto... y te marchitaste
como el cogollito de una enredadera.

Cuántas veces puso tu sonrisa sonora
en la tarde mustia, un tinte de fiesta
que la hizo más grata!
Qué alegre que eras!...

Si vieras: las flores,
hermanas que fueron de ti, dulce muerta,
llorando el amargo dolor de tu ausencia,
se mueren de pena!

Porque tú llevabas el alma en las manos,
el alma en los ojos,—y, siempre sincera—
en la boca el alma:
y tu alma era blanca como una azucena...

Florecilla blanca,
madeja de ensueño rizada y sedeña:
por qué tan de prisa dejaste la vida,
si a veces, la ingrata, queriéndola es buena...

Instantánea

Un pequeño caserío
arropado en la neblina,
la fugaz cinta de un río
y a lo lejos, la colina.

Dos terneritos pintados,
sobre una sabana verde
como si fueran dos dados,
y un camino que se pierde...

Todo, visto de un andén
palpitante y volandero,
aprovechando el ligero
detenimiento del tren.

Mensaje

14 de julio.

Yo ritmo para Francia con alma campesina
fresca como un arroyo, fuerte como una encina,
el saludo afectuoso que en mi verso le envía
la sencillez del campo, la paz de la cabaña,
la majestad tranquila y azul de la montaña,
y todo lo que es rústico en esta patria mía!

Porque mi alma es huraña cual la moza campestre,
y si tiene un perfume... es de lirio silvestre...
porque cuando en sus locas travesuras el río
me ha copiado en su espejo con un suave murmullo,
he sentido deseos de seguir siendo suyo;
porque allá en lo más hondo de mi espíritu umbrío

bulle un ansia de amores para el agua y la planta,
para el bosque y el monte que en su erguida garganta
tiene un collar de flores,—he escuchado el mensaje
que en cadencia sonora me trajeron sus voces,
para luego alejarse entre risas y adioses,
al mirarme orgulloso por servirles de paje!

Estos campos fecundos, que cual cálida hembra
en el rubor del surco que provoca la siembra
dan un beso de flores y de espigas de oro,
a los vuestros, oh Francia, campos yertos y estoicos,
les envían por bravos, por valientes y heroicos,
entre un hurra de palmas un aplauso sonoro!

La montaña que altiva y arrogante avizora
con sus ojos azules,—donde nace la aurora
que desciende inconsútil, como un mágico tul,—
al mirar la azulina transparencia del río
que va siempre cantando y temblando de frío,
os recuerda que tiene, como vos, sangre azul!

Esta tierra morena, con temblor de doncella,
me ha contado sus ansias de que venga Mireya
aromando la senda con su planta lilial;
si el cañón agorero ha turbado su idilio,
esta tierra morena hará leve el exilio
con sus flores y palmas y su sol tropical!

La costurerita de la calle real

Es en el pueblo la más bonita;
como un trasplanto de la ciudad,
tiene modales de señorita
que ha frecuentado la sociedad.

Cuántos quisieran esa boquita
cuando la inunda la hilaridad!
Cuántos besaran su manecita
como a una Hermana de Caridad!

Cose que cose tras la ventana,
es una rosa que una mañana
se fué a hurtadillas de su rosal,

porque cansada de ver las flores,
quiso hacer gala de sus primores
siendo el adorno de un ventanal!

Para la villa

Y va tranquilamente la dulce viejecita
de la enagua raída, del andar torpe y lento,
con la cara cubierta por el ala del pita,
como la Beriluna fantástica de un cuento.

Yo temo que esta pobre que tose y que se agita
y que es tan débil, pueda ser víctima del viento;
ella, que antaño fuera como Caperucita,
parece un *¡ay!* salido del seno de un convento.

Adiós, mi viejecita! Te marchas de mañana
sin preocuparte como lo hicieras de chiquilla,
de verte en los espejos de la dulce fontana;

ya no es tu cuerpo el ágil de aquella picarilla
que en la Semana Santa fué de Samaritana!
Adiós, mi viejecita, que goces en la villa!...

Campesina

Madre, yo no quiero volver a la aldea...
Viera, madre, todo lo que estoy sufriendo:
hay allí un muchacho que tiene la idea
de decirme cosas que yo no le entiendo.

Es inaguantable oír de su boca
esa retahila de majaderías,
de palabras raras con que me provoca,
con que me saluda toditos los días.

Madre, cuando paso cerca de su lado
en las mañitas que la brisa orea,
viera cuántas cosas me dice el malvado...
Madre, yo no quiero volver a la aldea!

Hoy por la mañana cuando regresaba
con el rebocito que compré en la villa,
después de un saludo, como acostumbraba,
madre, me dió un beso sobre esta mejilla.

Me entristece, madre, y me atenacea,
así como a veces me llena de pena,
pensar que si acaso yo vuelvo a la aldea,
puede que se manche mi alma de azucena.

Estampas

Mr. Ramsay Mac Donald

En el atardecer de mañana este barco que los *concheros* llenan de racimos de banano, zarpará rumbo a Avonmouth. Todo el cargamento es fruta a medio sazonar, delgada, para que la larga travesía por el mar no la precipite a una madurez perjudicial. Oímos el contar de una voz que repite sin cesar: One... two... three... four... five... six... seven... eight... nine... ten... Es la misma voz que desde hace años cuenta hasta la decena junto a la máquina sobre cuyas lonas ondulantes van los *concheros* dejando los racimos de banano para que sean precipitados a la bodega glacial del barco. ¡Cuántas horas hemos pasado observando la agitación de que llena al muelle la carga de bananos! Son casi los mismos hombres de entonces los que ahora hacen de *concheros*. Ah! falta uno que es muy importante para nosotros. Es el muchacho pelirrojo que pasaba los días y las noches de carga en las bodegas del barco estibando los racimos que la máquina dejaba caer. En el frío grande de aquel tonel, vivió años y con él compartimos algunas horas. Aprendimos a estibar racimos de banano y sacos de café. Fuimos amigos. ¿Qué se hizo? Alguien nos informa que una tos de que padecía a consecuencia de las salidas de la bodega, lo fué acabando. Un día sacó un permiso y marchó a su pueblo en donde murió tuberculoso. Pero lo cierto es que con su muerte en nada ha padecido la carga de barcos. Hay ahora la misma actividad de siempre. Entran por el muelle hasta muy cerca del barco, los trenes repletos de racimos verdes y lustrosos. El silbato del capataz de las cuadrillas de *concheros* suena agudo y repetido. La fila de *concheros* sigue revestida de la misma mansedumbre. En la misma actitud de hombres de carga, ponen la espalda o *concha* contra la puerta del carro abierta de par en par, reciben el racimo de nueve o diez manos y vuelven con él a paso lento a depositarlo sobre las lonas que ondulan y se mueven en dirección hacia las bodegas del barco. Tal es el aburrimiento y la tristeza de sus rostros, que parecen, sino Cristos con la cruz a cuestas, sí enterradores de apestados. ¡Con qué desgano vuelven la espalda para cargar el racimo que pesa y los encorva! ¡Con qué pesadumbre caminan a descargarlo! Parecen los enterradores de sus propios cadáveres. Pobres *concheros*. Llevan ya diez horas de esta aniquilante monotonía. Y de seguro amanecerán y no será sino hasta el medio día de mañana cuando oigan sonar el silbato del capataz negro y feroz ordenándoles el paro. Es barco de Avonmouth y recibirá noventa mil racimos pasados uno a uno por las ropas raídas y manchadas de estos *concheros* tristes y sumisos.

¡Barco de Avonmouth! De allá partió también otro barco a cuyo bordo venía un grande hombre de Inglaterra. Nuestra admiración por el mar y los barcos nos trajo en un medio día lluvioso al mismo sitio en donde ahora reflexionamos acerca de los *concheros* y de la carga de este otro barco que mañana ha de zarpar rumbo a Avonmouth. El ambiente es propicio a la evocación. Poco a poco fué el barco acercándose al muelle. Las aguas bullían revolcadas por las hélices gemelas. Repentinamente cayó el ancla. De proa lanzan el chicote que da la primera atadura contra el muelle. Suenan silbatos desde el puente del barco, se suceden nuevas amarras y de pronto el **Camito** se ve restregando su panza blanca contra las defensas del muelle. Lo comunican con tierra por medio de la escalera suspedida y los pasajeros hallan puente sobre el cual cruzar.

¡Los pasajeros de un barco que fondea! Nos ha infundido siempre un gran interés esa humanidad que ambula. Cuando pudimos agregarnos a la comitiva oficial visitadora, nos deleitamos viendo de cer-

ca los semblantes y examinando los pasaportes y documentos mostrados por los pasajeros en ostentación obligada. Variadísimas las procedencias. Seguramente tanto como los móviles que hacían ambular a aquella humanidad.

Estamos atentos en el muelle a los pasajeros de este barco que llega de Europa. Vivir junto al mar que fondea barcos es como estar asomado a una ventana que da a un panorama espléndido del mundo. Llega en el barco que ahora observamos James Ramsay Mac Donald. Probablemente nadie sabía de su llegada. Alguien que ha bajado de primero nos advierte del suceso. Fijamos nuestra mirada en un personaje de semblante sereno que está descendiendo del barco. Lo tenemos tan cerca que toda su figura nos empieza a ser conocida. Sí, los fotógrafos ingleses lo han vuelto multiforme y todos los aspectos que su figura va tomando al caminar por este muelle, los hemos visto mucho antes. Se detiene unos instantes sobre un entarimado alto y nos parece en sus gestos tranquilos ante una muchedumbre laborista.

Es Ramsay Mac Donald, el ex-premier que hace poco habitó Downing Street. De la mansión inconstante lo desalojó Baldwin, con la proclama de que había llegado un largo y casi interminable gobierno de los conservadores. Y llega a Costa Rica fugazmente, como en rumia de la nostalgia o de la amargura del poder. Quién sabe si no también en ejercicio de acumulación de energías. Estos verdaderos hombres de estado que trajinan con la política conocen el secreto de que las ideas deben llenarse de sol y de aire de otras latitudes como un signo de vitalidad fecunda. Renuevan su ideario y al volver a la lucha, sorprenden por la prontitud con que abarcan los problemas de su nación y por la certeza con que trazan la orbita al rededor de la cual se moverá vomitando luz cada negocio trascendental. Mac Donald, que no vino a Costa Rica convertido en una ruina, sintió que se le miraba en los homenajes como si fuera un derrotado de las fuerzas imponentes de Baldwin. Y claro está, acostumbrados a ver a nuestros hombres públicos como a consumados maestros del fracaso, aplicábamos una especie de desagravio al grande hombre de estado. Pero cuán diferentes los hechos. No había paralelismo posible. Mac Donald viajaba como jefe de un gran partido, poseído de la majestad que infunden las ideas de un gran partido. ¿Qué hemos tenido aquí? Facciones políticas, de vida ruidosa, efímera y vana. Por eso declaró ante los que se habían reunido frente a su alojamiento, que él no era un derrotado. Afirmó que en las elecciones que debían celebrarse en febrero próximo (hablaba el 9 de enero de 1925), su partido engrosaría en un millón y medio de votos. Esparció con firmeza su convicción de que los laboristas serían en un futuro muy próximo, de nuevo los dueños del gobierno del Imperio. Se escuchaba la voz profética del hombre de visión.

Evocamos esos hechos aqui, en el mismo sitio en que hace cinco años viéramos desembarcar como pasajero en tránsito a James Ramsay Mac Donald. La ciudad ha cambiado por completo. No es la misma que Mac Donald miró en un día medio lluvioso y nublado. Hay ahora calles asfaltadas a lo largo de las cuales arrastran los ojos sus miradas sin más tropiezo que el de las superficies ásperas que el ruedo irá puliendo. Por ellas no asomará más el malicioso cangrejo posesionado de las cuevas de los hundimientos del tráfico. Calles asfaltadas! Progreso! Empréstitos!

Sólo a este rincón agitado en donde los *concheros* van agotando sus energías, no llega el progreso que con tanta vehemencia ha hecho de la ciudad su favorita. Al contrario, ellos se van quedando sin viviendas, porque tras el asfalto ha venido la orden de demolición de todo lo que contrastara ridículamente con las calles ostentosas. Mañana zarpará este barco que acapara las actividades de tantos *concheros* pálidos y sombríos que ya no pueden ni encontrar asilo en la ciudad pavimentada. Tomará el rumbo de Avonmouth. De allá zarpó también el que hace cinco años trajo a su bordo a Ramsay Mac Donald, todavía poseído del esplendor secular que Downing Street pone sobre la frente de los que a ella llegan a morar como usufructuarios en precario. Salió a llenar de sol y de aire de otras latitudes su ideario. Volvió vigoroso y ha desplegado sus capacidades para que su partido dominara los problemas del Imperio, y las puertas de Downing Street dirigen ahora hacia él reverentes su volubilidad.

En nuestro sentir las agrupaciones políticas que señalan nombres al examen público cometen un error. Van al fracaso. ¿Cuándo esta política ha establecido el parangón entre el mérito y el demérito? Leemos aquí junto al mar vivificante, sobre un peñón contra el cual las aguas se echan potentes para volver blancas, como encanecidas del esfuerzo, la exposición hecha por los que piden una política nueva. Han lanzado nombres para que sean leídos y releídos y en una decisión final se diga cuáles quedan. Se hacen de ilusiones. A la política van los que ambicionan, no los que aspiran. ¿No es acaso el codazo el arma certera de quien desea puesto de sobresalir?

Por otro lado, ¿pueden decir que en la masa de electores se ha venido educando una conciencia capaz de discernir? Con razones y justicia no se consigue un voto. Tan bien saben esto los políticos cazurros que al ascender a sitio público eminente rodean de su aprecio y estima a los que vociferaron en la campaña, a los que más mintieron y engañaron. Y claro está, es a ellos y a su pericia a quienes deben su exaltación. Aquellos que se llenan de idealismo pueden dar alas a una lucha política, pero son alas muertas. La política no conoce del vuelo. Es esencialmente pedestre y el regocijo lo encuentra cuando el trajin y la humedad vuelven cieno el polvo del camino. La masa electora acata la voz del mentiroso, que es el que se pone a tono con su profunda ignorancia, con sus pasiones inmensas, y hasta con sus vicios repugnantes. Para conquistar popularidad debe el candidato ser de la masa. Y los caballeros que aspiran a una política diferente, pretenden precisamente lo contrario, desbastar la masa electora, despertarla a un examen de sus hombres. Si con el movimiento que han señalado pretenden resultados inmediatos, están fracasados. La tarea es formidable. Del otro lado siguen siempre revestidos de sus pompas engañosas los que comprenden admirablemente bien la política.

La inconformidad de estos hombres se nos parece a la de las aguas que miramos allá abajo alzándose contra la roca. Tienen todo el poder de sus vidas para imponer un nuevo movimiento, pero es secular la roca que quieren traspasar y ella les opone una resistencia espantosa.

Juan del Camino

Limón y junio del 29.

Capítulo consagrado a estudiar la misión del Padre Goicoechea en la evolución de Centro América

y 3.—*Véanse las entregas* **21** *y* **22** *del tomo en curso.*

Goicoechea inicia la *Aurora de la Filosofía* en Guatemala. — Las doctrinas del reformista distan mucho de ser radicales.—La labor de Goicoechea como reformista de nuestros estudios, la sintetiza y realza la *Gazeta* con el siguiente título que estampa en la primera página una de tantas veces, al comentar la vasta labor de nuestro sabio: «Aurora de la Filosofía en Guatemala». Nos dice allí que las conclusiones defendidas por Goicoechea en la Universidad en el año de 1769 tuvieron el inmenso valor de preceder a las que sobre el mismo asunto se habían escrito en España y que a pesar de haber merecido la aprobación del Consejo de Castilla no llegaron a ejecutarse. Las conclusiones de Goicoechea, por el contrario, lograron imponerse, viniendo ellas a romper una tradición de siglos «en cuya virtud mientras otras naciones buscaban con orden práctico y progresivo los conocimientos útiles y sólidos de que es capaz el ingenio humano, trataban de determinar la figura del mundo o descubrían en el cielo nuevos luminares para asegurar la navegación, nosotros consumíamos el tiempo, como se consume todavía en algunas casas de estudios, desde Salamanca hasta la Sonora, en vocear las *Quididades del ente* o el principio *quod* de la generación del verbo».

Aunque hay un extracto de las pro-

posiciones en la ya citada obra del Dr. Salazar, creo necesario insertar íntegramente el resumen que trae la *Gazeta* (y al cual, explica en una nota, le pondrá comentarios más tarde si es que antes alguno de sus corresponsales no se le anticipa), porque se trata de que el lector pueda formarse cabal idea de los principios filosóficos que operaron una revolución en aquellos tiempos y que, aunque hoy día resulten infantiles, deben apreciarse como el punto de partida de la evolución en los estudios, que inspiró la de las ideas coloniales.

La lógica, la física y la metafísica son los tres ramos que abrazan, dice la *Gazeta*. «Algunas de sus proposiciones son dignas de la generación presente: en otras se conoce que él fué el que dió los primeros pasos: sea que el hombre que abre una nueva senda no puede llegar de un salto al término propuesto; sea que de intento quisiese prestarse en algunas cosas al genio de aquel tiempo, para introducir otras con mayor facilidad. Porque en la naturaleza todo guarda un concurso constante. El espíritu como el cuerpo tienen sus modos de obrar, siempre lentos y graduales. Querer precipitar sus pasos es violentarle: es disgustarle en medio de la carrera.

»De lógica sienta, entre otras, estas proposiciones: En la simple percepción de un objeto no cabe falsedad. Los juicios o aquellos actos con que el espíritu percibe las relaciones de dos o más ideas siempre son afirmativos.

»Trata de la Física con más extensión. Los seres sensibles, objeto exclusivo de esta ciencia, son unos compuestos, que se presentan a los sentidos variados con diferentes formas: estos duros, aquellos fluídos; unos densos, otros raros, sonoros, luminosos. Explicar estas propiedades y los elementos que componen los cuerpos, y concluído esto hablar de aquellos seres que como la tierra, el agua, el aire, llaman la atención del filósofo con preferencia a otros objetos, es el orden con que se entra a la ciencia de la naturaleza.

»Ni el agua, dice, como creía Thales, ni la tierra como parecía a Pherecides, ni el aire como juzgaba Anaximenes, ni el fuego según la opinión de Hypase, ni todos estos cuerpos juntos son los elementos de los seres físicos. Todos los compuestos sensibles se resuelven en el agua, tierra, sal, aceite y mercurio. Estos son los simples elementos de los cuerpos.

»Los seres físicos obran en el orden sensitivo: el movimiento se propaga por las fibras nerviosas que le componen: a este movimiento sigue la percepción del alma: he aquí la sensación. El objeto que se nos presenta en esta no es la misma causa sensible, sino el movimiento de los nervios sensitivos. Luego ningún accidente es sensible por sí mismo, ni necesario para que los cuerpos sean sensibles. Y por consiguiente las propiedades sensibles no son accidentes absolutos.

»La perfecta dureza de un cuerpo consiste en el enlace de sus partículas trabadas y encadenadas, de suerte que no dejen ningún vacío. No se encuentra en los cuerpos esta concatenación perfecta. Todos son porosos. La fluidez no es otra cosa que la unión leve de las partecillas que apenas se tocan en un punto. El movimiento trémulo y acelerado de las partículas sulfúreas produce el calor; la quietud, la carencia de fuego y ciertas partículas salíneas constituyen el frío. El olor es aquella sensación que causan los efluvios que exhalan las substancias sulfúreas; y el sabor es producido por las partículas salíneas que obran en el órgano del gusto... El sonido no es otra cosa que el movimiento vibratorio de las partes minutísimas de un cuerpo, comunicado al aire que circunda a éste, y llegando en línea recta al órgano del oído. Del número de vibraciones mayor o menor en igual espacio de tiempo resulta el sonido agudo o grave. De la correspondencia de vibraciones que comienzan y acaban a un mismo tiempo nace la consonancia. Y el eco no es más que la reflexión del sonido, que siempre retrocede formando un ángulo igual al que hizo en su incidencia. Esta misma ley ofrece la luz refleja, cayendo en un plano; pero cuando pasa de un medio raro a otro denso, se quiebra acercándose a la perpendicular, y apartándose de ésta en caso contrario. La luz refleja de distinto modo según la escabrosidad, porosidad de las superficies. Y en esta reflexión consiste el calor.

»La tierra se presenta redonda a los sentidos. Pero aún no se ha descubierto si tiene la figura de una esfera elevada en el ecuador, y aplanada en los polos. Tocante a la formación de los montes, unos se formaron cuando Dios mandó a las aguas que se reuniesen en un lugar y otros después del diluvio. La inflamación de las materias bituminosas y sulfúreas es la causa de los temblores... El agua es del todo incomprensible. Las lluvias y no el mar dan nacimiento a las fuentes. Ni el sistema de Galileo ni el de Descartes, ni el de Newton explican el prodigioso fenómeno del flujo y reflujo del mar; el aire es un fluído elástico, comprensible, grave, que con su peso eleva las exhalaciones de los cuerpos; proposición muy sabia en estos tiempos, pero cuyo descubrimiento costó mil penas a Galileo, Torricelli, y Pascal en sus célebres experiencias del *Puy de Dome*. A este propósito se promete dar una explicación precisa de todos los meteoros que espantan a la plebe y hacían temblar a nuestros mayores. Y luego pasando a tratar del alma sensitiva: en todos los animales, dice, se encuentra una substancia fluída y sutil, que se forma en el cerebro, de la sangre que circula por las arterias, y que propagada por todos los nervios es el origen de las funciones animales y naturales. Los movimientos voluntarios se ejecutan con los nervios que traen su origen del cerebro: y los necesarios por medio de aquellos que nacen del cerebelo. En el cuerpo humano sólo los nervios son capaces de sentimiento. Suscribiendo al sistema de Descartes, sienta que el alma de los brutos es corpórea. Refuta la opinión de los escolásticos que por un delirio propio de hombres que abandonan la naturaleza por perderse en abstracciones inútiles, creen que la podredumbre es la madre de los insectos. Concluye la Física y entra en la Metafísica.

»Descartes decía que Dios, el alma, y los principios generales de las ciencias, debían ser los objetos de esta parte de la filosofía, la obra más sublime de aquellos espíritus extensos, que abrazan todo el sistema de la sabiduría y descubren relaciones que se escapan al vulgo de la sociedad de las letras. No se trata de este último punto; pero se habla del alma racional, y sus potencias, asentando que es un ser invisible, espiritual, inmortal, y refutando los sistemas antiguos. Se exponen algunas proporciones sobre la causa y el ente en general, y se con-

cluye con otras aserciones sobre la existencia y atributos de Dios».

Tal es el resumen que trae la *Gazeta* de las *ideas nuevas* con que nuestro Goicoechea introducía en nuestros estudios una revolución y espantaba a sus coloniales contemporáneos con las novedades científicas que estaban más de moda en Europa.

Estas ideas llegaban a nuestros universitarios con muchos años de atraso, y cuando ellas mismas no marcaban sino un primer jalón en la rápida pendiente de los conocimientos y la filosofía que iban a incendiar y transformar el mundo espiritual; pero llegaban al fin...

Cómo se traduce la influencia de los nuevos estudios en la capital y en provincias.—Aunque de 1769 datan las conclusiones de Goicoechea, que abrieron el campo a los estudios de las ciencias experimentales, no fué sino con el tiempo y a costa de repetidos esfuerzos cuando estos estudios tomaron carta de arraigo. El Doctor y presbítero don Simeón Cañas, que por aquel tiempo, comienzos del siglo XIX, era Rector de la Universidad y que en la historia de la República es famoso por su brillante petición contra la esclavitud, explica en la *Gazeta* que no ha habido modo de que la clase de matemáticas prospere, unas veces por falta o ausencia de maestros y otras porque los alumnos se resisten a entrar a la clase.

Diserta con mucha oportunidad sobre las razones que hacen a nuestros jóvenes tan renuentes a los estudios experimentales y positivos, especialmente las matemáticas, del todo ajenas al vuelo de la fantasía y la imaginación de que tanto gusta nuestro carácter. Concluye proponiendo que se establezcan dos premios en dinero para los alumnos que presentan los mejores trabajos sobre tales o cuales temas de las matemáticas, para ver si en esa forma se logra estimularlos.

El 7 de noviembre de 1803 tuvo lugar un acto público en la Universidad en que tomaron parte cinco alumnos pertenecientes a las que entonces se llamaba «primeras familias», y dedicado a las beneméritas memorias del primer Obispo de Guatemala, don Francisco Marroquín y del Capitán don Pedro Crespo Suárez, Correo Mayor; «a cuya liberalidad y patriotismo se debe el establecimiento único de estudios generales» que hay en este reino. Nótese que se dice ya «de estudios generales» en vez de, como se decía antes, «de esta conspicua carolina Universidad, etc.»

En ese acto los alumnos sostuvieron un examen sobre lo siguiente: «los teoremas y problemas de aritmética que se contienen en los 5 primeros libros del tratado 2 tom. I. del P. Vicente Tosca, y los que trae de Geometría el P. D. Teodoro Almeida en el tomo I de sus cartas. Asimismo ofrecen explicar el modo de sacar la raíz cuadrada y cúbica y los tratados de mecánica y estética, contenidos en el tomo IV de la obra que dió a luz el Illmo. Sr. D. Antonio Malvin de Montazet, Arzobispo de León en Francia» [1].

De la misma manera, marcando los peldaños de aquel lento proceso de evolución encuéntranse en las restantes páginas de la *Gazeta* consoladoras noticias de exámenes de física, mecánica, astronomía. La fundación y rápido progreso de los estudios médicos y quirúrgicos, estudios que entre nosotros tuvieron un excepcional y hermoso florecimiento, serán objeto de los capítulos que dedicaré a Flores y Esparragosa.

Entre tanto las provincias del reino no eran ajenas al movimiento que se operaba en la capital. La *Gazeta* se ocupa frecuentemente con elogio de los progresos que se hacían sentir en el Colegio Seminario de León, capital de Nicaragua. He aquí, al acaso, una muestra. En diciembre del propio año hubo dos exámenes en matemáticas cuya materia arranca, con justicia, esta reflexión al editor: «si otras universidades, y aun algunas de las de más nombre se pusieran en comparación con este colegio, se vería la superioridad de éste».

En las tarjas anunciando dichos actos y que la *Gazeta* reproduce, puede verse el siguiente frontispicio que da una cabal idea de las nuevas corrientes porque iban entrando los espíritus en cuestión de estudios: hay allí algunos resabios de lo viejo, pero despunta también la síntesis de la nueva aspiración:

> «Examen de Geometría elemental,
> dedicado a San Ramón Nonnato,
> Patrono titular de este Seminario,
> en donde la juventud aprende
> las virtudes de la religión
> y las ciencias del hombre.»

En ese examen dos alumnos demostraron «el tratado de líneas, el de superficies y el de sólidos, según el compendio del P. Almeida, anotando los defectos que padece su método, según la lógica de Condillac».

El otro examen fué de Algebra y en él los alumnos se comprometieron a satisfacer cuantas preguntas se les hicieran sobre las siguientes cuestiones: «naturaleza, objeto y utilidad del Algebra y la diferencia de las cantidades positivas y negativas—los signos y caracteres de esta arte, y la analogía que tiene con las voces de las lenguas; en qué consiste la exactitud de aquélla y la confusión de éstas. Reducir, sumar, restar, multiplicar y partir cualesquier cantidad literales. Practicar las mismas operaciones con los quebrados literales. Elevar a una potencia dada cualquier monomio o polinomio y extraer de los cuadrados sus raíces literales. Dar idea de las ecuaciones en general, y del método de traducirlas a expresiones simples. Resolver cualquiera ecuación del primer grado con una, dos o más incógnitas. Resolver cualquier ecuación de segundo grado con una, dos o más incógnitas. Resolver cualquier problema en números y dar la fórmula de él. Aplicar la Algebra a la lógica y el artificio de las ecuaciones a un discurso lógico, según el arte de Condillac.»

Virgilio Rodríguez Beteta

[1] Por aquella época, según lo veremos al tratar del Dean García Redondo, se daban ya clases en nuestra Universidad, de Algebra, Geometría, Trigonometría plana y esférica, y se publicaban en forma de libro las explicaciones del maestro.

Las relaciones de los Estados Unidos saxoamericanos con Venezuela



José Rafael Pocaterra

1.—Propagandas absurdas.—Uno de los temas sobre que más suele especularse en los países hispanoamericanos, tanto desde la oposición como en el seno mismo de la propaganda oficial, es la cuestión de relaciones internacionales con los Estados Unidos del Norte. Obsérvase una especie de actitud discreta, temerosa, rumorosa—«llegó una nota»... «el ministro americano dijo...» «parece que el Departamento de Estado»—De ello se sirven, en una forma capciosa, los gobernantes para justificar inquietudes de otro origen o prevenir temidas explosiones de la opinión. Pero es justo confesar que desde la respectiva oposición este sistema se emplea en una forma aun más torpe: «los pactos secretos que existen»... «el presidente tal vendido al oro yanqui...»

No quiero—ni es objeto de esta serie de artículos—aludir a cómo se las arreglen en otros países Debo concretarme a Venezuela, en donde—si bien con escasa proporción e importancia—existe también el criterio gubernamental de amenazar con «complicaciones» y hasta acusar a los de la oposición conque «contribuyen al descrédito del país, etc.» Por su parte, los oposicionistas creen más lúcido y decoroso armar una grita grotesca, y quienes no vociferan con ellos «están vendidos al imperialismo». En el fondo hacen el flaco servicio de echar a los cuatro vientos que este o ese país están en fácil venta, ya que consideran como vendedor a tal cual *politician*... Todo esto es resultado de la pésima reputación de los gobiernos de Hispanoamérica —es decir, los de ciertos países del Caribe y algunos que bañan sus costas en el Pacífico... Débese asimismo la torpe agresión contra pretendidos «imperialistas», por una parte a la ignorancia y por la otra, a la mala fe—si es que la primera no fuese bastante. De manera que a tanto abusar del término ya éste perdió todo su valor y se mira arrojárselo indistintamente, como una pelota de raqueta, por los profesionales del sensacionalismo.

Negar la existencia del imperialismo militante y agresivo sería política de avestruz. Eliminar el peligro escondiendo la cabeza bajo el ala. En *Plain Talk*, precisamente, un Mr. Hallgren, hablando de la futura éra que se prevee en Venezuela, bastaría para confirmar la existencia de este espécimen, más dañino para los propios Estados Unidos que para los países cuya soberanía definida, mantenida y defendida, en caso preciso, a fuego y sangre, hasta que no quede ni una choza ni un indio, no se inquieta ni poco ni mucho porque los manipuladores de aceite paguen «tratadistas» o asalarien cinismos documentados como el del referido Mr. Hallgren. En otro artículo me ocuparé extensamente de este *gentleman* petrolizante y de su pretendida perspectiva del *affaire* venezolano.

2.—Veinte años después.—Entre la noche del 13, y la madrugada del 14 de diciembre, un hombrecito pequeño, moreno, parlachín, que a poco de ser presentado a alguien solía alargar su tarjeta de visita donde leíase «Luis de Lorena Ferreira, ministro del Brasil en Venezuela», sentábase agitado e inquieto a su pupitre para darle forma a la exigencia que el ministro de Relaciones Exteriores, doctor José de Jesús Paúl, obedeciendo instrucciones de Juan Vicente Gómez, Encargado de la Presidencia de Venezuela por ausencia de Cipriano Castro y lanzado ya a la reacción contra su antiguo señor, habíale comunicado momentos antes en su despacho de la Casa Amarilla. Lorena Ferreira formuló así: «Caracas a 27 de diciembre de 1908. Señor Ministro: Como lo sabe este Gobierno, el 14 del corriente fuí requerido por el señor doctor Paúl, Ministro de lo Exterior, y a su solicitud dirigí el siguiente telegrama al señor Embajador del Brasil en Washington: «Reacción contra General Castro iniciada. Ministro exterior me requirió hoy pedir hacer constar Gobierno Americano voluntad Presidente Gómez ultimar satisfactoriamente todas las cuestiones internacionales. Halla conveniente presencia nave de guerra americana La Guaira previsión acontecimientos. Hizo idéntica comunicación otras legaciones.»

Como ya queda escrito, fué en virtud de ese telegrama que el Gobierno de los Estados Unidos envió al señor William I. Buchanan como alto Comisionado, cuya llegada a La Guaira en el referido acorazado *North Carolina*, participa el Ministro Brasileño en la nota de la fecha apuntada. A mayor abundamiento, al participarle el nombramiento del señor Buchanan, el señor Secretario de Estado de los Estados Unidos decía al Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, en nota del 21 de diciembre de 1908, después de citar el telegrama que el Ministro del Brasil en Caracas había dirigido al Embajador de su país en Washington el 14 de diciembre del citado año y que ya conocemos: «Entiéndese que el objeto de la importante comunicación así hecha por el Ejecutivo de Venezuela al Gobierno de los Estados Unidos, por medio del Representante del Brasil en Caracas, es indicar el propósito de la *nueva administración* de revocar la política que fué seguida por el Presidente Castro y que condujo a las instrucciones enviadas al señor Sleeper el 13 de junio de 1908, por las cuales se cerró la Legación de los Estados Unidos en Caracas y se retiró al Encargado de Negocios americano». Véase el *Libro Amarillo* de Venezuela, año de 1909, páginas 130 a 133. Consúltese asimismo la documentación publicada en *Foreing Relations of the United States* 1909.

Fué menester sacrificar a alguien y se sacrificó al Ministro Paúl, que era responsable, sí, como Ministro solidariamente con el *Ejecutivo* (la nota del Secretario de Estado Americano «entiende que la comunicación así hecha por el Ejecutivo de Venezuela», etc.) y por lo tanto el Vicepresidente Gómez, Jefe del Ejecutivo y quien dictó la orden al Ministro Paúl como establece el el Ministro del Brasil («... voluntad Presidente Gómez ultimar, etc.»... «Halla conveniente»—*rige el sujeto Presidente Gómez*—«presencia nave de guerra americana, etc.») es el responsable en primer término y a él le corresponde íntegra la gloria de que por un acto de cobardía, por una insensatez inexplicable—aun siendo un cuasi analfabeta—arrojara ese baldón sobre la Cancillería Venezolana, que a pesar de todas nuestras terribles convulsiones pasadas, y hasta manejada por ese atrabilario ignorante de Castro, había sabido guardar la dignidad y la soberanía de la Patria.

Desde el 13 de junio de ese mismo año de 1908 habíase dispuesto por la Secretaría de Estado Americano cerrar su legación en Caracas. En virtud, pues, de este cablegrama surgieron en aguas de La Guaira los acorazados *North Carolina, Maine* y el crucero *Dolphin*. A bordo venía el Alto Comisionado Buchanan.

La censura del Congreso, pasando por detrás de Gómez, fué a fulminar la cabeza del Ministro caído y casi oculto en su quinta *Los Laureles*... El acuerdo del Alto Cuerpo de 10 de junio de 1909 sobre el Libro Amarillo de ese año dice así: «Se aprueba el Libro Amarillo presentado por el ciudadano Ministro de Relaciones Exteriores, en todos los actos para cuya definitiva sanción no se requieren otras formalidades constitucionales; e imprueba lo hecho por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, doctor J. de J. Paúl, al iniciar la conveniencia de la presencia de buques de guerra extranjeros en el puerto de La Guaira en previsión de sucesos, por considerar dicha insinuación opuesta a la majestad de la Nación. Arístides Tellería, Presidente. G. T. Pulido, Vicepresidente, (*Gaceta Oficial* de 12 de junio de 1909).

El «Acuerdo» sesga toda la responsabilidad hacia Paúl, arropa con el eufemismo «iniciar» lo que fué un hecho cumplido y por amparar a Gómez se descarga una justicia irritante sobre el solo Paúl.

Asumida esta actitud por el Congreso, separado Paúl del Ministerio y casi declarado Lorena Ferreira persona *no grata*, convínose entre González Guinán, sucesor de Paúl en la cartera del ramo, y el Alto Comisionado Buchanan, el pacto de 13 de febrero de 1909, que tuvo su ratificación legislativa el 11 de agosto de 1909 y recibió el ejecútese el 17 del mismo mes y año.

Las reclamaciones contra Venezuela redujéronse a cuatro: «1.—La

Acerca de *Frutos caídos*

Este pequeño libro de poesías de Asdrúbal Villalobos recoge algunas de las primeras producciones del autor. Son versos de juventud, como los llama él. En verdad, están animados de emoción y de gracia juvenil. También diríamos, de sinceridad. La lectura de estos versos revela en el poeta una alma sencilla y de una ingenua sensibilidad. Él quiere serlo así y en esto consiste, como artista, su excelencia. En el Mensaje que le dedica a Francia, la patria de todos los entusiasmos, el poeta define claramente su personalidad:

Yo ritmo para Francia con alma campesina
fresca como un arroyo, fuerte como una [encina,
el saludo afectuoso que en mi verso le envía
la sencillez del campo, la paz de la cabaña,
la majestad tranquila y azul de la montaña,
y todo lo que es rústico en esta patria mía!

Aun en su producción misma, no profusa hasta en este momento, padece la lentitud y esquivez de esa alma campesina que él lleva dentro de sí. Una parquedad que, por otra parte, le beneficia, puesto que en vez de prodigarse ha logrado aprender naturalmente a concentrar su poder de creación. De las obras que él presenta en este libro, casi todas, y el casi es más bien excepción, imprimen una grata sugerencia en el lector. Su símbolo es el del árbol cuyo fruto va madurando poco a poco, y cae por su propio peso, sin que medie un impulso voluntario de arrancarlo. Esta labor espontánea, si así es, da un mayor realce a sus tendencias personales, y a pesar de que a veces no es difícil sorprender el origen del tono que da a su verso, él ha logrado poner de relieve sus particulares dones. Estos son o fina sensibilidad, o piedad para las cosas humildes o una nota de humorismo como en su final del soneto *Del último veraneo.*

Le hablé de cómo en días de dolor y de duda
surgía dulcemente de mi ánima desnuda
su imagen, salvadora estrella de Belén;

y cuando mi silencio como un paje discreto,
se inclinaba ante ella para oír su secreto,
tornó a mirarme y dijo: ¿su familia está bien...?

Su vinculación al paisaje, y en el arte el paisaje es una traducción del espíritu, dos personas en el mismo momento no ven las cosas con un mismo espíritu, es aquello por lo cual el poeta Villalobos ocupa una posición particular en nuestro medio mental. El paisaje nativo tiene en él una voz de interpretación de las más fieles, de las más transparentes o



Asdrúbal Villalobos

de las más puras. Su actitud aquí es esencialmente humilde, tanto más humilde cuanto más es su devoción hacia las cosas. Él ve bien esas cosas de su ambiente; él sabe sorprender, a su vez, las secretas inquietudes interiores de los personajes, casi todos más bien fragmentos de vida que vidas completas y, en general, pone un afectuoso y familiar ritmo en lo que dice. Esto es realidad en él tanto como fuera de él; es una relación cierta entre el creador de arte y su plano de acción, de visión o de contemplación. No es una fotografía del escenario, un reflejo casi muerto, sino una identificación del alma y las cosas o una cristalización de las cosas en el alma luminosa del artista. Algunas piezas del libro pueden indicarse como preciosas expresiones de este género que Villalobos cultiva de manera excelente: *Instantánea, Para la villa, La gibadita* y *Campesina.* En todas ellas hay una dominante vibración de piedad evangélica.

Podría interesarnos, acaso, el concepto de vida. Cuando se haga un examen del momento a través de los hechos y documentos que es dable considerar, este concepto de vida en el artista servirá de unidad o mejor dicho, de principio de concentración para explicar el valor que ese momento tenga, como sensibilidad o impulso, en el alma nacional. En su concepción es natural hacerle concesiones a su primera juventud, y por eso, no es raro encontrarse más en frente de actitudes de sorpresa que de afirmaciones. La muerte de un amigo le arranca estrofas que son como revelación de sus propias inquietudes:

Hermano, qué locura! Sentir el alma fuerte
y por sandalia errante llevar un ideal;
y así, besar los labios exangües de la muerte
como se besa el filo cortante de un puñal!

Pero la naturaleza campestre alumbra con finas claridades el interior de su devoto sacerdote. La vida, para él, sencillamente o humildemente vivida, en su casi simpleza mística, todavía no turbada por las complicaciones urbanas, es alegría y bondad.

Una fresca alegría
ha inundado mi dulce hogar campestre
con efluvios de amor,
y en la atmósfera tiembla
la caricia sedante del silvestre
perfume de una flor.

En la poesía *Para su corona*, en que persiste el motivo de la muerte, puede, sin embargo, una filosofía bondadosa del destino:

Florecilla blanca,
madeja de ensueño rizada y sedeña:
¿por qué tan de prisa dejaste la vida,
si a veces, la ingrata, queriéndola es buena...

En la totalidad de su obra, el poeta derrama sus entusiasmos como en un vino de fiesta, cuando ha de celebrar la alegría propia o la de un amigo, o dibuja un gesto de escepticismo o de queja si un espectáculo de tristeza le asalta en el camino de la vida. No se niega, pues, a ninguna forma de sensibilidad: cuando se le ha leído en conjunto deja una sensación de serenidad rumorosa como la que sugiere una nota larga de violín o una canción aldeana escuchada bajo el alero de la casa campestre cuando la luz de la tarde se filtra en el color esmeralda de las enramadas. Las estrofas que hemos reproducido son ejemplos apreciables del lenguaje cristalino del poeta Villalobos. Es también uno de sus dones y es de esperar que, perfeccionándolo, él hará con ello un galante homenaje a la lengua en que cultiva su arte.

Rómulo Tovar

San José, Junio de 1929.

---

reclamación de los Estados Unidos de América en favor de la Orinoco Steamship Company; 2.—La reclamación en favor de la Orinoco Corporation y de sus causantes, The Manoa Company Limited, The Orinoco Company y The Orinoco Company Limited; y la relativa a la United States and Venezuela Company (también conocida como la reclamación Crichfield).

Teniendo los representantes de ambas partes, el ministro González Guinán y el Alto Comisionado Buchanan, tras «largas y amistosas conferencias»(1), «puntos de vista y opiniones» «diametralmente opuestos»... y habiendo «encontrado difícil resolverlos de común acuerdo», creen conveniente apelar «a la medida conciliatoria del arbitraje» para «solucionar conflictos internacionales» y como quiera que «las dos naciones que representan están ligadas entre sí por sus firmas a los Tratados de la Segunda Conferencia de la Paz de La Haya de 1907, y que está reconocida por todo el mundo civilizado como el único modo satisfactorio para solucionar los conflictos internacionales», al efecto quedó convenido de mutuo acuerdo «*someter este caso al alto criterio del Tribunal Arbitral*» etc.

(1) Lo entrecomillado se extrae del protocolo en su versión oficial: *Tratados Públicos y Acuerdos Internacionales de Venezuela*, Vol. II, 1900-1920. Caracas, 1925.

3.—El Memorandum de Roosevelt.—Ni entonces, ni antes ni nunca Venezuela ha firmado, gestionado, convenido o tratado a bordo

de cruceros extranjeros en aguas de sus puertos, ni el principio inmanente de soberanía y el mutuo respecto hanse puesto jamás a prueba. Ni ningún ministro americano en Caracas, como no sea por vía de intromisión personal háse permitido desplantes ni formulado oficialmente esas exigencias a que nos tienen acostumbrados en otros lugares, abusando de ventajas estratégicas. La Cancillería Venezolana a este respecto no ofrece solución de continuidad alguna—en cuanto al punto concreto se refiere—y aun ante el escándalo de la agresión ítalo-anglo-germana de 1902, vióse que no obstante la inútil demostración de fuerza, en la cual—como siempre—excedióse la brutalidad teutona de los marinos cobardes del *Panther* y del *Vinneta* que 14 años más tarde arriarían en Kiel la bandera del Imperio insolente, aun en la triste circunstancia de aquellos días, el equilibrio de las cosas de América impuso a Roosevelt—en resguardo de la propia doctrina Monroe, aplicada esta vez en su recta trayectoria—el famoso ultimatun que dirigió a Berlín cuando Alemania negóse a someter a arbitraje sus reclamaciones y que a la letra dice que «within 48 hours there must be an offer to arbitrate or Dewey will sail with the orders indicated».

4.—El incidente de la Ley de extranjeros.—Siguiendo, pues, el método de apoyar siempre en documentos la exposición del «caso internacional de Venezuela en sus relaciones con los Estados Unidos», cabe aquí también—aparte de muchos otros detalles de cancillería que cualquiera puede consultar a la fuente misma de la documentación oficial—destacar el más reciente dato a propósito de la *Ley de Extranjeros* que con fecha 23 de julio de 1925 promulgó el Congreso Venezolano y que en extracto dice: «Venezuela's new *Foreigners Law* contains the following regulations which will be of special interest to those who intend travelling to the Republic:— All foreigners arriving in Venezuela have to deposit with the port authorities the sum of one hundred bolívares. The deposit must be made in Venezuela currency or in such other currency as is legal tender in the Republic. The port authorities will issue a receipt for all such deposits. In the case of foreigners who are not taking up their residence in the Republic the said deposit will be returned to them on producing evidence that they are leaving the country. Foreigners who intend staying in the country can claim the return of their deposit after a term of twelve months, or before them, providing they give satisfactory evidence of their intentions. If the depositor fails to exercise his rights in the manner already described and within the forementioned period of twelve months, his claim to reimbursement cannot be enforced. The above regulations also apply to foreigners who enter Venezuela at any point of the Republic's territorial frontiers and must be complied with whether passing thorough a Custom House or not. The deposit payable in this case is only fifty bolívares. The procedure to be followed in reference to the deposit and reimbursement mentioned in the preceding articles will be determined in the respective regulations. The preceding regulations do not apply to:— Foreigners entering the country as immigrants under contract. Tourists disembarking in the country who leave it by the same steamer they arrived in. Officials y Companies having a contract with National Government, or belonging to companies exploiting concessions granted by the State. Those engaged by contract for the purposes indicated in Art. 24 of this Law. Those who come into the country to fulfil contracts with Venezuelan agriculturists or responsible foreign agriculturists domiciled in the Republic. Persons who come to the country on contract with Venezuelans or responsible foreingns domiciled in the Republic, such as school masters, governesses or domestic servants.»

Con tal motivo cruzáronse las siguientes notas:— «Legación de los Estados Unidos de América N.º 469. Caracas 28 de enero de 1926. Señor Ministro: Respecto de la Ley de Extranjeros dictada por el Congreso Venezolano de 1925, aprobada por el Presidente de la República el 23 de Julio del mismo año y publicada en la *Gaceta Oficial* el 15 de agosto inmediato, y con referencia especial a los artículos 26, 37 y 40 de la misma ley, tengo la honra de avisar a V. E. que recibí instrucciones de mi Gobierno para enunciar una vez más las declaraciones consignadas en las notas de esta Legación N.º 478, de 14 de setiembre de 1915, N.º 1048, de 16 de octubre de 1919 y N.º 275, de 12 de diciembre de 1923, en la forma siguiente: El Gobierno de los Estados Unidos de América presume que el artículo 37 no puede interpretarse por las autoridades venezolanas en el sentido de privar a los ciudadanos americanos de acudir a sus agentes diplomáticos por aviso y asistencia aún antes de agotarse los medios legales en los Tribunales venezolanos, y para que no haya equivocación en este punto, mi Gobierno quiere insistir en que no admitirá que dicho artículo 37 impida el ejercicio de tal derecho por parte de los ciudadanos americanos. También se me instruye especialmente para advertir que la prohibición estampada en el artículo 40 de la misma Ley riñe manifiestamente con los principios generales del Derecho Internacional acerca del derecho a reclamo por parte de los extranjeros a consecuencia de daños experimentados durante movimientos revolucionarios y por su efecto. Se ha reconocido que los Gobiernos pueden ser responsables a los extranjeros por pérdidas originadas de insurrecciones y revueltas, como en el caso en que el Gobierno no logra aplicar los medios a su alcance para la debelación del alzamiento ni logra proteger las personas de los extranjeros y sus propiedades contra los agravios originados del desorden. Los principios aceptados del Derecho Internacional en cuanto pueden aplicarse a Venezuela, no han de ser frustrados por una Ley interior que los contradiga. A propósito del artículo 26, mi Gobierno no trata de interpretarlo, pero considera que ese precepto de una Ley interna no puede alterar los principios reconocidos del Derecho Internacional referentes a la expulsión. Aprovecho esta oportunidad para renovar a V. E. las protestas de mi alta consideración. Willis C. Cook. Al Excelentísimo Señor Doctor Pedro Itriago Chacín, Ministro de Relaciones Exteriores, Caracas».—«Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Exteriores.—Dirección de Política Internacional. N.º 312. Caracas: 26 de marzo de 1926. Señor Encargado de Negocios:—Refiérome a la nota N.º 469 que esa Legación se sirvió dirigirme con fecha 26 de enero pasado, a fin de comunicarme las objeciones que el Gobierno de V. E. hace nuevamente a la Ley de Extranjeros en general y, en particular, a los artículos 26, 37 y 40 de la misma. El Departamento de mi cargo ha considerado con atención muy especial el contenido de la referida nota y, después de minucioso estudio de la importante materia, cumple con el deber de ratificar, a su vez, la exposición que hizo la Legación del digno cargo de V. E. en su nota del 14 de enero de 1924, en la cual se demuestra, en forma clara y precisa, que las Cámaras Legislativas de Venezuela, al dictar su Ley de Extranjeros en ejercicio del derecho de legislar, que es inherente a la soberanía nacional, han tenido en cuenta los principios y prácticas internacionales universalmente reconocidos, así como también los sentimientos de amistad de la República para con las demás naciones, entre las cuales ocupa sitio revelante la noble patria de V. S. Válgome de la oportunidad para renovar a V. S. las seguridades de mi distinguida consideración. P. Itriago Chacín. Al Honorable Señor Wainwright Abbot, Encargado de Negocios ad interim de los Estados Unidos de América».

He aportado estos detalles a lo que se me exija para respaldar luego la tesis que sostenemos los que, adversarios del gobierno usurpador de Juan Vicente Gómez—reconocido y aun apoyado moralmente por cierto sector petrolero de la opinión americana—queremos que ese país comprenda el siguiente hecho concreto y preciso: la peor política que pueda intentar hoy el Departamento de

Estado respecto de los intereses americanos en Venezuela es alentar la continuación de la Dictadura de Gómez.

5.—El error extranjero.— Apoyar a Gómez, tolerar sus desmanes, continuar reconociéndole es sacrificar por un hombre, por un déspota caduco y vacilante que a duras penas mantiénese apoyado sobre un haz de bayonetas, el prestigio de orden moral y económico que debieran disfrutar países como los Estados Unidos, cuyas inversiones en la sola Venezuela ascienden hoy a casi.... $ 100.000.000 y cuya producción de aceite, 2.ª en el mundo, puede determinar, según un escritor «imperialista»,« that Venezuelan crude, put down in New York, would soon be determinning the price-scale which American oil would have to meet». Y añade luego qué «the Venezuelan production today is so important a factor that no cooperative plan for curtailing the world's production could succeed unless Venezuelan wells were included in the arrangement».

La reacción que germina y bulle desde lo más hondo de la nacionalidad venezolana—sus clases dirigentes, la juventud universitaria, el pueblo—por un lógico sentimiento de interpretación – confundirá en un solo odio el que experimenta hacia el déspota y el que le tendrían que inspirar quienes no viendo y no conociendo la psicología, la energía sufrida pero resuelta—a su tiempo y hora—de aquel país que le dió soldados a la libertad política y económica de casi un hemisferio, se empeñan en crear una atmósfera de tolerancia y de conservación en derredor de un orden de cosas llamado a desaparecer en la vorágine y en la más completa anarquía.

¿Qué necesidad tienen los Estados Unidos de verse envueltos en dificultades internacionales y hasta en provocar más desequilibrios en la precaria estabilidad brito-americana? Quienes hacen *momentáneamente* con Gómez o sus favoritos unos cuantos negocios personales, están situando la influencia y el prestigio norte-americano bajo una faz odiosa, hóstil y opresiva, que seguramente no es la del pueblo, la de la Gran nación, primada de la Democracia en el Continente Nuevo.

6.—El derecho de rebelión.— Una reacción, ni aun una revolución, amenazaría jamás los intereses extranjeros legalmente adquiridos en Venezuela. Ciertas propagandas que disfrazan de comunistas las circulares ministeriales—pero sin doctrina sustantiva alguna porque el grupo es casi *in nomine* de origen turbio—hijos de pequeños burgueses, estudiantes «vitalicios», que ya tarde desean «figurar»—no tiene en Venezuela importancia alguna. Los universitarios y las clases todas repudian y rechazan con indignación la taimada forma con que el ministro de Gómez, Arcaya, pretende calificarles de «comunistas». Es axiomática en la oposición—y lo hemos propagado a toda hora en conferencias, en programas, en toda suerte de exposiciones públicas que garantizaremos «el último dólar y la última libra esterlina invertida lícitamente en Venezuela» (1).

Tal declaración cierra los labios a los propagandistas extranjeros que por el éxito de alguna operación de concesiones que estén *tramitando personalmente* cerca de Juan Vicente Gómez, pretenden sacrificar en conjunto el mayor interés que implica para el futuro de la Gran Nación del Norte, en sus hermanas del Sur, tratar de conservase respetable y respetada, cubriendo legalmente con la bandera de las barras y de las estrellas el lícito intercambio y el común esfuerzo por la civilización y el mayor desarrollo, no solo industrial sino ético e ideológico.

Sostener en una forma u otra la causa de Gómez es atacar, en su base, la futura buena inteligencia entre Venezuela y los Estados Unidos. Es situarse en pugna contra la corriente liberal y republicana de los países tropicales; es volver los ojos a una política conservadora, siniestra y estrecha que le costó al imperio alemán su caída y su fracaso, aportando como aportaba, sin embargo, factores de civilización científica y comercial de un tremendo alcance!

7.—La "doctrina Hoover".— Comentando los últimos incidentes de la revolución mexicana, el *New York-Herald Tribune*, al referirse a la actitud discreta del Presidente Hoover, agrega: «In the present conflict, it was said, President Hoover first would have to decide whether the movement was an unwarrant rebellion against established government *or a movement for freedom*. It was said he undoubtedly would refuse to recognize a government established by unwarranted rebellion, but would be disposed to take a different position if the revolution were proved to be a movement for the removal of oppression. There are precedents where the United States dealt with and, at least unofficiallly, recognised two governments in the same country. China furnished the most recent precedent of that policy».

Aunque el «caso» venezolano es en ciertos aspectos distinto del mexicano, los factores planteados apoyarían el derecho indiscutible que tenemos de intentar como golpe de estado, como reacción popular o como revolución armada, ese «movement for the removal of oppression», según la propia personal impresión del Presidente Hoover.

Respecto de dificultades de orden económico en cuanto al exterior, la situación que surgiese a la caída del Dictador prestaría mejor base y más sólida garantía constitucional a las empresas todas, ya que un orden absurdo y sus derivaciones en cuanto a relaciones intereconómicas concierne, es una perpetua amenaza de futura revisión (recuérdese el célebre Artículo 27 de la ley mexicana del ramo y la cuestión de retroactividad) y, de un modo u otro, el fallo no quedaría a merced de *trusts* ni de sindicatos, sino que en última instancia iría a resolverse por ante tribunales arbitradores, de acuerdo con los precedentes diplomáticos establecidos. Los abogados consultores de esos intereses no ignoran este punto—o por lo menos no deben afectar que lo ignoran—pues que las partes interesadas quizas crean poseer una seguridad que es, jurídicamente, muy problemática, aunque algunos opinen que tales riesgos están «descontados». Es una declaración sin fundamento legal alguno.

8.—Venezuela será.—La continuación de Gómez en el poder después de un cuarto de siglo es imposible. Está en el propio interés de los Estados Unidos reconocerlo así.

Y en tal disposición, enfrentarse—no a *politicians* descontentos, ni a partidos, ni a tendencias—sino a una nación entera representada en sus fuerzas jóvenes, en sus fuerzas vivas, es, aparte de injusticia, una aventura, un riesgo, un desafío al destino.

«Venezuela será»—dicen los muchachos heroicos de las manifestaciones en Caracas que barrieron a hierro y sangre los genízaros de Gómez—Sí; Venezuela deberá ser y será.

Y volverémos atras en nuestro empeño, cuando desde las bocas de Dragos el Orinoco remonte los raudales de Río Negro.

José Rafael Pocaterra

Abril 19 de 1929.

(1) A esta frase mía, maliciosa y villanamente se le suprimió el adverbio «lícitamente» en reproducciones mutiladas y desfiguradas.

Segunda noticia sobre libros de México

La primera noticia sobre libros de México, que apareció en el *Repertorio* del 2 de marzo último, procedía de una entrevista que me hizo don Manuel María Oliver, y de que sólo se publicó la parte final. Habiéndome preguntado, después de otras cosas, sobre el movimiento intelectual de México, le contesté:

«Sí: la vida intelectual de México es muy intensa. La renovación de las artes cultas y populares es el mejor resultado de la nueva orientación espiritual del país. Durante el próximo invierno, me propongo hacer venir a Buenos Aires interesantes exposiciones que darán prueba de ello. Hace Ud. bien en preguntarme sobre los productos espirituales, tras de haberme interrogado sobre los productos naturales. Durante el año y meses que llevo en la Argentina, han aparecido en México las siguientes obras, ***todas de primer orden,*** por lo cual es para mí un positivo placer el tener ocasión de mencionarlas y llamar sobre ellas la atención de los lectores, ya que me faltaría tiempo para analizarlas en toda forma. ***Conste que sólo cito las que tengo a la mano sobre mi mesa,*** y seguramente me olvido de algunas.»

Yo tenía interés en que se conociera el párrafo anterior, porque él da a aquellos apuntes rápidos su verdadero carácter de conversación, sin pretensiones críticas verdaderas,—si no es la de señalar al lector libros y autores, como digo, de primer orden. Como algún amigo mío ha podido figurarse por ahí que lo consideraba yo muy de prisa, quiero insistir en esto.—Ya publicadas tales notas, me dí cuenta de que podían tener cierta utilidad. Esa forma de mera indicación bibliográfica es, después de todo, la única que tengo tiempo de hacer de tántos y tan buenos libros como estoy siempre recibiendo de México, y hasta la única manera de agradecer el obsequio a los autores.

La entrevista, que había sido escrita

para *El Suplemento*, resultó partida en dos, y la última parte, de la que aquí trato, se publicó en el N.º 5 de la *Literatura Argentina* que publica la Librería de Rosso. En tánto que las anteriores notas aparecían, no menos de siete u ocho libros mexicanos o referentes a México cayeron sobre mi mesa, y hoy los junto aquí con los posteriormente recibidos.

Bernardo Ortiz de Montellano, *Red*, *Contemporáneos*, 1928. Poemas en prosa (salvo el prólogo, *Red*, en verso). Puntería de pájaro a todo vuelo, que ni así yerra el puntazo del pico; seguridad fina de la araña, casi suspensa siempre del aire. Y si los niños conocieran el estilo literario del hombre, así escribirían: inventando las emociones, descubriendo las dimensiones, cazando las palabras como el gato caza el insecto, levantando una montaña, sin darse cuenta, en la palma de la mano, o doblándose llorosamente bajo el peso de una leve brizna. Cinco dibujos—fantasía y geometría a la vez—de Julio Castellanos.

Francisco Monterde, *Perfiles de Taxco*, 1928. ¡A apoderarnos otra vez de lo propio, con mano franca! Nuestras ciudades coloniales hacía años que nos estaban esperando. Taxco, nidada de la familia de Juan Ruiz de Alarcón, pueblo corcovado como el poeta, que da a una calle por el primer piso y a la de atrás por el tercero; rico real minero por cuyas calles en escalera o rampa rodaron los pesos duros del opulento Borda. Sin esta deliciosa miniatura de Monterde —tan vertical, tan castigado todo él, tan sencillo—no sabríamos que en las aldeas de México las damas recitan de memoria escenas de *Los pechos privilegiados*, *Las paredes oyen*. *La verdad sospechosa*. Diga otro tanto España, de Lope de Vega, si se atreve. Dibujos de Carlos González, excelente pintor «nacional».

William Blake, *El matrimonio del cielo y del infierno*, *Contemporáneos*, 1929.— No sé si se habían casado nunca en español; pero es para contaros que el hielo metálico de Blake se fundió y volvió a cuajar por obra de este físico que no se da cuenta de que es mago,— Villaurrutia.

Magda Portal, *El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica*, Ediciones *Apra*, 1928.— Ensayo que no dudo en declarar mexicano, no sólo por la materialidad de su impresión, sino por su espíritu. La nueva poesía argentina se divide, gruesamente, en dos tendencias que llevan el nombre de dos calles: la de Florida (dominada por preocupaciones más puramente estéticas), y la de Boedo (en que dominan las preocupaciones sociales avanzadas). Este ensayo correspónde al lado de Boedo. Toda su intención puede definirse, creo yo, con ciertos versos del mexicano Gutiérrez Cruz, que vienen a decir, (cito de memoria): la flor es una burguesa egoísta, entre la república socialista de las espigas.—Yo, en estos conflictos, siempre celebro no el rebajamiento de la flor (y aquí no me refiero ya al burgués, a quien ciertamente me placería ver sustituido por una clase social menos adiposa, sino a la flor como manifestación del estetismo puro); yo, en estos conflictos, siempre soy simpático a la causa nueva, porque veo la dignificación de la espiga, un enriquecimiento mayor del sentido poético del mundo,— y del sentido moral.—Cuando pase el tiempo, este género de Boedo parecerá una descendencia del naturalismo (aunque la técnica haya evolucionado mucho, se mantiene cierta continuidad moral del uno al otro; remontando, hasta podríamos decir que tiene el género un abuelo lejano en la comedia española de capa y espada del siglo XVII, que por primera vez pone en escena a los simples vecinos de la ciudad, en vez de las figuras de la Fábula o de los monarcas). Y en cuanto al género Florida, parecerá la última forma del simbolismo. Y yo quiero contaros aquí—porque es edificante y ayuda a comprender, a abarcar, que es lo propio de la mente varonil—que el Maestro simbolista Mallarmé y el Maestro Zola eran excelentes amigos; que aquél se ocupó algún tiempo de buscar posada de verano a Zola en los alrededores de la suya, y que siempre leyó con entusiasmo sus libros, diciendo sobre ellos cosas tan profundas como ésta: «La verdad es, en nuestro tiempo, la forma democrática de la belleza». Yo—dejaba entender—soy el poeta de las palabras; Zola es el escritor de evocaciones, de movimientos unánimes de la masa humana, y casi no usa de la «literatura» sino lo indispensable. Y concluía: «Pero yo no sé que, en arte, ningún punto de vista sea superior a otro». Magda Portal tiene una amplitud de visión panorámica, viaja fácilmente por nuestras Américas, y esto da al ensayo una singular fuerza de testimonio continental[(1)].

Héctor González, *Curso breve de literatura*, Monterrey (México) 1927. No deja de ser un acto de valor publicar, hoy por hoy, una pequeña exposicion preceptiva. Aunque sea por cultura (¡oh tiempos en que la cultura puede acompañarse de un aunque!) conviene que los muchachos tengan noticia de los nombres de las cosas que han existido, y sepan lo que era un anapéstico, sin sentirse personalmente agredidos por la palabra. Y si a esto se agrega una exposición sencilla y clara de los fenómenos de la métrica y la prosódica, y un rápido paseo por la historia literaria, como por vía de ejemplificación, (pero un paseo con vistas continuas hacia América); un comentario tan sin compromiso con las «escuelas» que permite al autor injertar una cuestión de actualidad estética con motivo de una definición del poema medieval, pongo por caso, mejor que mejor. Tengo la impresión de que este libro puede hacer mucho bien a los muchachos de quince años, que quieren de una vez conocer los nombres de una «cosa literaria», y a quienes, por odio a la antigua Retórica, nadie quiere enseñarles el manejo de esta nomenclatura. Y ya se sabe que tal nomenclatura tiene su utilidad: como quiera, en ella se ha vaciado durante siglos el pensamiento de los hombres. A la mejor, evita que algún contemporáneo descubra otra vez el Mediterráneo, en un estéril y cómico alarde de atletismo mental.

Guillermo Jiménez, *Cuaderno de Notas*, 1929.—Amigo mío que ha sabido ir levantando el nivel de su literatura, de un modo visible, en cada libro, hasta llegar a esta nota diáfana y curiosa,— un ojo en París y otro en México: uno en el libro y otro en la calle—¿me permite usted que, afectuosamente, decline del todo el «elogio de la vanidad» que, en rechazo de intencionadas censuras, usted me dirige? No lo aceptaría aún cuando se trata del «elogio del orgullo», porque—por desgracia mía—tampoco he sabido ser orgulloso. Créame, soy un pobre hombre cualquiera, enamorado de sus gustos literarios, a quien se le olvida muchas veces que no todos saben compartirlos con pureza. Usted, hombre de corazón, me entiende y, de seguro, está de acuerdo conmigo.

Carlos González Peña, *Historia de la Literatura Mexicana*, 1928.— Libro que honra nuestras letras. Abarca los cuatro siglos de México; empieza con los primeros catecismos de indios, y acaba con Maples Arce; conserva el tono medio y ecuánime que conviene a una obra docente, y estoy seguro de que es obra de sacrificio, porque el autor ha sabido despuntar las agudezas de sus preferencias personales, con noble sentido de las responsabilidad y la posteridad. Claro es que, en este orden, cada uno quisiera completar aquí o allá. Pero un compendio (el primero, legible y eficaz, que sobre México se haya escrito) no puede representar la enciclopedia de los caprichos personales de todos. Yo, así al caer de la vista, echo de menos un parrafito más sobre el Rimbaud mexicano (ni tan precoz, ni tan perfecto, pero sí tan inesperado y casi tan inquietador en su hora): Ramón López Velarde.—En cuanto a Julio Torri, me parece poco valorado en sus muchos quilates. Por desgracia, la frase mía que allí se cita procede de una primera versión de cierto artículo mío, escrito muy a raíz de mi vida de flor de estufa en el México de mi adolescencia, cuando las palabras tenían un valor convencional de tertulia, que yo creía comunicable a todos los hombres. El resultado es que mis adjetivos, queriendo ser elogios, parecen más bien

---

(1) Nota del Editor del *Rep. Am.*: El ensayo de Magda Portal se publicó en los números **15**, **16** y **17** del tomo pasado.

censuras. Después he retocado ese artículo, al incorporarlo en mis libros. Y todavía no he dicho ni la mitad del respeto que me merece la obra pequeña y preciosa de Julio.

Maroto, *Veinte dibujos mexicanos*, 1928.- Torres Bodet, en el prólogo, fija esta obra como resultado de una doble higiene: renunciamento metódico de convenios azarosos entre el ojo y el objeto, y renunciamiento espontáneo, o más temperamental que el otro, de toda busca interesada de color local o de episodio curioso.

Este pintor en progreso,—pintor español a quien deseo que México haya sabido retener—es un escritor que tiene el sentimiento del día, del almanaque artístico. Véase su obra de pintor en los tomos *Andalucía* y *España Mágica*. Véase al hombre de vida literaria en el *Almanaque de las artes y las letras para 1928*; véase al teórico de arte en el primer número de la revista *Contemporáneos*, donde, recién desembarcado en México, no quiso eludir el inevitable «cuerpo a cuerpo, en conocimiento y en juicio» con la obra del gran Diego Rivera. Muchos años hace que le debía yo este breve saludo: ¡él sabe bien las jugadas que a veces le hace a uno la vida!

Eduardo Luquín, *Telones de Fondo*, Madrid, 1928, Después de los *Retratos y paisajes*, hizo un *Intermedio* de divagaciones, y ahora nos da los *Telones de Fondo*, que pude creer un día que eran los cuentos del fondo del cajón. Creo que este escritor de prosa bien articulada y sencilla tiene las tentaciones de tirarse de cabeza al mar tempestuoso de la política (ya sabéis lo que hoy se llama política): yo quisiera detenerlo con una palabra afectuosa, y asegurarle que tiene una contextura cabal de hombre de letras. Que tenga paciencia: aún no ha saltado su faisán de oro frente a la mira de su escopeta, pero va bien armado, y quien lea sus páginas sabe que tiene una puntería segura. Yo le auguro libros excelentes. Acaso lo inclinaría yo a la crítica, a la crónica, en el sentido mejor, y hasta a las memorias, género que está esperando cultores.

Alfonso Taracena, entre las urgencias del periódico, deja una huella de la vida mexicana en *Bajo el fuego de Helios* y *Cuentos frente al Mar* (1928), relatos sin ambición que he recorrido con gusto por lo mismo que nos dan exactamente la visión que se proponen. Estos libros van a ayudar a entender eso que se llama la historia contemporánea. En *Bajo el fuego* hay curiosos apuntes sobre figuras de nuestra política y nuestra historia. Recuerdo a Carlos Pellicer, por ejemplo, aliadófilo furibundo, que aparece hablando con su mismo tono de voz, voluntariamente tocado de sud-americanismo, y a Torres Bodet que se ríe de los comentarios bíblicos de Leo Taxil; o a Díaz Mirón con su lujoso alarde de palabras soeces y aquella curiosa mezcla de fanfarronería y afabilidad paternal...

Gonzalo E. León, *La Tierra amada*, 1928. ¿Qué nombre dar a una prosa poemática donde un rebusco artístico de efectos de sintaxis presta vestidura a una inspiración fluida y corretona de verdadero «corrido» popular? ¿Y aquel sapo que salta entre las lechugas, a la luz de la luna, y se cree aludido cuando la señora Arias, hablando de un vecino, dice de él: «Es un parrandero sinvergüenza?» ¿Qué nombre dar a una fantasía que sabe absorber los más humildes elementos de la pobre realidad cotidiana?

Alfonso Reyes

Buenos Aires, abril de 1929.

La emigración escolar

Nos hace falta perspectiva exterior, casi geográfica

La resistencia a la penetración de los débiles. Lo importante es hacer hombres

Querido señor García Monge:

El 2 de febrero, el *Repertorio* copió un artículo de Sanín Cano sobre la *Superstición de lo extranjero*. Dice allí muchas verdades, y muy bien dichas, pero creo que conviene aclarar algunos puntos. Por de pronto convenido que no hay que traer extranjeros para que estos eleven el nivel de *nuestra* cultura. El ejemplo desastroso de Chile bastaría, pero hay otros: el grupo *misionero* de la Universidad de El Cuzco y tantos técnicos que han venido a enseñar quejándose de nosotros y quejándonos nosotros de ellos. Y sin embargo, es curioso que todavía se piensa que un extranjero inadaptado, en un viaje casi de recreo, pueda darnos nada sustancial que nos sirva para nuestra obra de civilización. Que todavía se piensa así en *altas esferas* lo probaré con un ejemplo: Hace poco tuve ocasión de hablar en California con el que ha sido hasta hace poco Ministro de Educación en México. Preconizaba traer profesores más bien que enviar estudiantes. Cuando viene Dewey a México lo oyen doscientos maestros, decía... Y es verdad, pero lo oyen fuera de su medio y lo oyen de corrido, *de conferencia*... mientras que si sólo lo oyeran dos de estos maestros en Nueva York por todo un año, después traerían a México, y doblado, todo lo que Dewey puede dar a los mexicanos. Es claro que la cuestión está en escoger estos dos, pero ya iremos a esto.

Yo me he convencido que por lo menos en los pueblos hispánicos todos los momentos de alta cultura han coincidido con una emigración preparatoria. Todos nuestros grandes hombres, y los más castizos, han sido reeducados con largos años de residencia fuera de la patria. Séneca y Marcial, Ossio, San Leandro, Lulio, Penyafort, Santo Domingo, el Marqués de Santillana, Arnoldo de Vilanova, Cervantes, Velazquez, Quevedo, Lope, hasta Larra y Menéndez Pelayo, todos pasaron más de un año, varios años, fuera de la patria. Ahora he podido apreciar que lo mismo cuenta para América. La diferencia tan grande que hay de Bolívar a sus contemporáneos no es que fuera rico, marqués, joven, viudo, hijo del trópico o de la Pampa. Lo que hizo a Bolívar son sus viajes. Cuando se lee la tragedia de Hidalgo o de Morelos se nota que eran gentes *sin mundo*. El mismo Iturbide de haber tenido alas y no de genio (que casi lo era) sino de águila (que ve de lo alto) hubiera podido ser otro Bolívar. Aquellas tres garantías son resultado de la cortedad de visión por falta de perspectiva exterior, casi geográfica. Yo creo que la última revolución mexicana sufrió y sufre de una falta de emigración preparatoria. En cambio Cuba la tuvo y por esto allí se encuentran otros hombres. Entre Martí y Madero y Maceo y Villa, acaso haya muchas otras cosas más, pero, lo positivo es que hay también la diferencia que producen diez años de emigración. Si Porfirio Díaz hubiese sido más joven y hubiese plantado cara, los revolucionarios mexicanos hubieran tenido que pasarse diez años en Nueva York y al llegar, las cosas hubieran sido muy diferentes. Es decir, los hombres hubieran sido diferentes.

Y esta diferencia no es para desnaturalizar, desnacionalizar o descastizar. El contacto con otras gentes nos hace comprender lo que nosotros somos. Se corregirán algunos defectos, muy pocos, pero se reforzarán todas las cualidades. Por esto la emigración escolar no estropea mucho más a los que ya son malos y mejora tanto, *intensificándolos*, a los que ya son buenos. Los hombres de fuerte personalidad gustan del trato de gentes de otras razas porque saben que también ellos tienen alma. En su vida de Carlomagno, Eginardo dice que el emperador *amabat peregrinos*, que quiere decir extranjeros, Sus sucesores, ya se sentían ellos extranjeros, *peregrinos*, en su propia patria. Les enojaban los monjes sajones que venían para enseñarles a leer o los árabes de Bagdad que querían jugar al ajedrez. Carlomagno sorprendió a los árabes que fueron a Aquisgrán diciéndoles que estaban allí como en su casa. En cambio, los embajadores de Carlomagno en Bizancio encontraban las puertas cerradas. Esta es la resistencia a la penetración de los débiles, que tarde o temprano serán penetrados, ahogados, sumergidos por el torrente de la vida.

En España, hace veinte años, dos núcleos culturales empezaron una restauración. En Barcelona, el año 1906 se fundó el *Institut d'Estudis catalans* y en Madrid, en 1907, la *Junta de Ampliación de Estudios*. Por un cierto tiempo, aunque con menos recursos, el grupo catalán pareció llevar la ventaja. Tenía más pasión. Hoy el grupo castellano lo ha

dejado muy atrás. Se dirá que es la persecución del régimen actual y algo hay en esto, pero sobre todo la *Junta* de Madrid puso su mayor empeño en enviar pensionados al extranjero. El témino medio de pensionados que envía la *Junta* es de 80 cada año. De éstos, sólo el diez por ciento se aprovechan, los demás van a viajes de bodas, a empezar algo que no acaban, a fumar y discutir con otros pensionados. Pero el diez por ciento de ochenta, en más de veinte años, ha producido unos doscientos técnicos, civilizados, devotos, nobles y muy españoles. Estos serán los que, cuando acabe la dictadura, harán la España nueva. Hoy el grupo de Madrid, puede exportar técnicos y los está exportando. Los hay que enseñan histología y otras cosas en los Estados Unidos, Escandinavia e Inglaterra. En cambio el grupo catalán, que se quiso reforzar adiestrándose en su pasado, y en su espíritu, está hoy macilento y decaído.

También ha hecho bien al grupo castellano la responsabilidad quijotesca que ha sentido estos últimos años por América. Los maestros y conferenciantes que han venido a América creyendo venir a enseñar, lo que han hecho es que han aprendido... y en este sentido su venida ha sido beneficiosa para los americanos porque a éstos les conviene, que los de allí, los de España, también se civilicen.

Y para terminar vamos a lo más dificultoso del problema que es lo que preocupa a Sanín Cano. ¿Cómo escoger los pensionados? En realidad el problema es difícil porque no hay regla fija: Podemos asegurar lo que *no* debe hacerse, pero no tenemos un criterio fijo de lo que debe hacerse. Por ejemplo: la Universidad de la Habana envía a estudiantes con mejores notas en todos los cursos. Pero éstos— que sirven para todo—no servirán para nada. Sanín Cano insiste en que no hay que tomar como regla la preparación, esto es, no enviar los que ya pertenecen a una *casta*, que para él es el espíritu de cuerpo— ingenieros, sanitarios, electricistas etc. Y tiene razón; es evidente que éstos no harán más que importar algo nuevo en sus técnicas y hoy, todo esto se aprende mucho más pronto con libros y revistas.

No; lo importante es hacer hombres. Y que estos, si traen algo nuevo en sus técnicas, que lo implanten con el romanticismo contemporáneo, con el ideal moderno que es de servir al estado, para el bien de todos.

Sanín Cano insiste en que deben ir los que ya se han graduado en nuestras universidades. Es muy dudoso que esto sea regla fija. A veces convendría más enviar un joven lego no estropeado por años de deficiente disciplina, y otras convendría más enviar al canónigo que quiera aclarar un punto dudoso de su rezo catedral. Lo más probable es que el canónigo en lugar de tratar el punto historicamente vuelva con una sinfonía o un motete, escrito después de haber cenado en París con Strawinsky.— En realidad una sóla cosa cuenta y es el deseo, la ansiedad de saber, sincero, apasionado, que se descubre sólo con contacto personal y por personas muy expertas. También España tiene un técnico de esto—desgraciadamente único y que no puede permitirse el lujo de exportar. Este es don José Castillejo, que ha sido durante veinte y cinco años el secretario de la *Junta de Ampliación de Estudios* de Madrid. ¿Por qué los gobiernos americanos no lo piden prestado por tres meses, un año en cada nación, para que con su modestía ejemplar y su terrible experiencia, venga a decir lo que se puede hacer y sobre todo lo que no se debe hacer?

Si la emigración escolar se hiciera en grande escala convendría tener uno o más residentes permanentes en el extranjero para facilitar el establecer relaciones con los profesores—orientar en los programas — atender a la higiene y levantar el espíritu de los que pierden ánimos. España no ha tenido este necesario *inspector* de los pensionados. acaso porque no ha producido el *hombre* que pudiera hacerlo bien. Pero lo tenían los chinos y japoneses... sólo que recordemos que había, en Londres unicamente, dos mil estudiantes chinos *en 1905.*—Y ya se les conoce!...

José Pijoán

Claremont, California.

Tablero

1929

Quisiéramos decirle algo a nuestra estimada colaboradora Niebla d'Argent. *¿Querría darnos su dirección?*

Una visita del diablo.—¿Va a permitir la Providencia que esto que se inicia en Mejico, país por muchas razones dilecto para nosotros, sea una guerra civil a la vieja usanza española? ¿Es que va a reflorecer allí la fauna de rosario y trabuco que nosotros, tal vez con demasiada precipitación, hemos dado por extirpada de nuestro suelo? ¿Eran, tal vez, semilla fecunda los huesos del cura Santa Cruz, sepultos desde hace poco en tierra americana?

Se me viene a la pluma el viejo chascarrillo baturro: Esta noche hará un tiempo u otro.—¡No lo quiera Dios! Dios no debería querer que en Mejico hubiese generaladas ni guerras civiles. Ni un tiempo ni otro. No debería querer que los labios de Hoover siguieran sonriendo con la sonrisa de Coolidge. Si lo quiere, es que, decididamente, todos los hispanos tenemos los demonios en el cuerpo.

Lo cual no es inverosímil. Creo haber oído contar a un redactor de *El Siglo Futuro* que el diablo estuvo en España hace unos cuantos años. Venía aburrido y asqueado de la guerra europea. El había aconsejado a los hombres que gozasen de la vida sin escrúpulos, pero no que la perdiesen estúpidamente. Pensó —con mucho juicio, como piensa siempre— que un pueblo neutral y enriquecido por las locuras ajenas, había de ser el paraíso de los sentidos. Se hospedó en un gran hotel de Madrid y aquello estaba bien para sus aficiones. Recorrió los *cabarets* y no le parecieron mal, aunque muy sosos. Estuvo en la Bolsa y la encontró perfectamente. De los grandes casinos tampoco formó mal concepto. Se ocupó de política —era el viejo régimen, señor censor: la cronología me salve— y juzgó que estaba bastante endiablada, pero que convenía intervenir en ella para quitarla un resto de memez que la quedaba —en relación con las demás políticas del mundo.—Leyó periódicos y *El Sol* le pareció excelente. (Recuérdese que esto me lo refiere un clerical). Naturalmente, tuvo amores, amores civiles. Amores que terminaron de mala manera porque un día sorprendió a la esposa pidiendo a Jesús tres cosas: que le convirtiese, que le convirtiese y que le convirtiese.

Entonces se sintió desencantado. En un país donde no se puede contar con las mujeres, el diablo no tiene nada que hacer. Y se marchó. Pero como es implacablemente vengativo, se marchó diciendo en lengua española, para que lo entendiésemos españoles y americanos:— El diablo os desea que seáis buenos.

Desde aquella hora, españoles y americanos somos buenos. Pero lo somos gracias al diablo.—*Heliófilo.*

(*El Sol*. Madrid).

Testimonio.—Porque el que manda bien, necesariamente ha obedecido durante algún tiempo, y el que modestamente obedece, se muestra digno de mandar alguna vez. Es por tanto conveniente que el que obedece espere mandar algún día, y el que manda recuerde que muy pronto tendrá que obedecer.—*Cita de Cicerón.*

Glosas

Comienza a declinar y pronto habrá terminado por completo, la última revuelta mejicana, empresa de insensatez, señalada con los estigmas del fracaso desde la primera hora. Un militarismo irresponsable, jactancioso, truculento, que cada uno de los sucesivos regímenes se ha visto precisado a engordar y acariciar como un cachorro felino. Un militarismo sin ideales, que dio todo su esfuerzo por la victoria de la revolución, pero nada quiere hoy que no sea el propio provecho. Hé ahí la causa de estas aventuras sin nobleza que manchan el prestigio de Méjico y colocan nuestra América a merced de todos los ataques imperialistas. Por fortuna, en medio de la hoguera que no se apaga, Méjico asiste a la consolidación de un fuerte espíritu civil. La serenidad con que soportó la violenta eliminación del máximo caudillo por el brazo del fanatismo religioso, fue un síntoma definitivo. Méjico salió de las reacciones instintivas, y se mueve hoy al signo de la reflexión. Mañana no quedará ni el recuerdo de los soldados infieles que volvieron sus sables contra losdépositarios del querer colectivo. Y Méjico, por la senda de sus dolores, seguirá ascendiendo a la categoría de un símbolo. Es la resolución de vivir audazmente. Es el reto disparado contra conceptos de vida incompatibles con los gérmenes latinos y con las latencias indias. Ningún pueblo americano puede desentenderse de la suerte de Méjico. Su porvenir es el porvenir del continente.

Estas pequeñas repúblicas del Caribe, como dicen en Washington, no dejan de ser curiosas. Todas procuran devorar a sus hijos. Todas tienen veleidades tiránicas. En todas hay cierta picardía mendicante, fruto del cruzamiento de la raza americana con la sangre mora. Todas son humildes y obsequiosas hasta la abyección, para con el extranjero.

Ayer recibí una larga carta del camarada Neftalí Arce, quien al regresar de Moscú no consiguió desembarcar ni en Puerto Colombia—lo cual es una fortuna—ni en Cartagena, porque la policía, que subió a bordo del barco alemán que lo trajo, y le requisó las maletas y le quitó unos libros, lo reexpidió sin destino fijo. Como es natural y justo, Arce me comunica toda su indignación por el desafuero. Pero agrega:

«En este mismo buque viaja un burgués venezolano, Carnevali, quien no cesa de glorificar las libertades de Colombia y de maldecir la dictadura venezolana. Yo puedo desmentirlo, porque acabo de sufrir un atentado indigno, y en cambio bajé en todos los puertos venezolanos con las más completas garantías, y fuí galantemente atendido».

Lo dicho. Los hispano-americanos son en todas partes la misma cosa. En este momento no veo diferencia entre Colombia y Venezuela. Es cierto que aquí los presos políticos no trabajan en las carreteras, pero tal diferencia es debida a que las estamos contratando con firmas norteamericanas.

Maitre Renard

(*El Espectador*. Bogotá).

In memoriam

La revista *Studium* consigna con profunda pena la muerte del cultísimo Mentor costarricense, Omar Dengo, acaecida el 17 de noviembre en San José de Costa Rica.

Los maestros que por su talento, ilustración y bondad han llevado a la juventud estudiosa de su país el deseo profundo de una vida mental intensa, honran a todas las juventudes y son hombres universales.

De tal manera, *Studium*, al enviar su pésame a la juventud costarricense, lo hace extensivo a la juventud vanguardista del mundo.

(*Studium*. Guatemala)

A base de programas

—Las candidaturas conservadoras, me dijo, deben debatirse públicamente, a base de programas de administración y de gobierno, y nó a base de adhesiones sectarias o personales a caudillos más o menos prestigiosos. Los pueblos necesitan saber cómo va a gobernarlos quien los vaya a gobernar.

Guillermo Valencia, que tan gallardamente ha salido al campo a decir sus ideas, quiere que las candidaturas conservadoras se debatan públicamente, a base de programas de administración y de gobierno y no a base de adhesiones personales a caudillos más o menos prestigiosos. Y así debiera ser en una democracia organizada y respetable; pero así no es aquí. En Colombia y dentro del partido conservador, el hombre que habla, el que le dice al país cuál es su pensamiento sobre las grandes cuestiones nacionales, forzosamente quedará relegado a la sombra. Por hablar, por decir su verdad, Laureano Gómez se ha condenado al ostracismo. Aquí se triunfa por medio del silencio y de la intriga; no por medio de la acción y la palabra, que en otras partes son creadoras, y aquí son funestas. Por eso acaso obre sabiamente el general Vásquez Cobo permaneciendo en París. Si viene y habla y se mueve, puede perderse. Al conservatismo no le gustan los hombres independientes ni locuaces. Los quiere un poco taimados, llenos de silencios; hombres todo para adentro. Aun cuando generalmente adentro no haya nada.

Si hay una gran necesidad en Colombia es la de romper el silencio nacional. Destruir la hipocresía ambiente creada en cincuenta años de dominio de las ideas solapadas y de las intenciones oscuras, de los políticos que miran de soslayo, de los fariseos integrales, es una obra de verdadera redención. El país está sediento de verdad y de luz. Quiere oír la palabra cálida de un hombre que le sepa mostrar el camino y le desate del poste colonial a que aún se halla sujeto.

Desgraciadamente la lucha política no se hará todavía a base de programas ni de ideas, sino de intrigas y de componendas. Guillermo Valencia no será presidente. Ni siquiera candidato, porque tiene ideas y tiene programa.

(*El Tiempo*. Bogotá).

Referencia

Lo cierto es que los mejores libros de historia son aquellos en que vive lo presente, y, si bien nos fijamos, hemos de ver que cuando se dice de un historiador que resucita siglos muertos, es porque les pone su alma, los anima con un soplo de la intra-historia eterna que recibe del presente. «Se oye el trotar de los caballos de los francos en los relatos merovingios (1) de Agustín Tierry», me dijeron, y, al leerlos, lo que oí fué un eco del alma eterna de la humanidad, eco que salía de las entrañas del presente.—*Cita de* **M. de Unamuno.**



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias para muchachos

Suplemento al Repertorio Americano

Cápac Yupanqui

=De *La Prensa*. Buenos Aires, 1929=

El poderío del imperio inca no se debió a un monarca. Fué una obra estupenda de colaboración en la que empeñóse toda una casta apoyada en un pueblo laborioso. Pero esa casta veíase admirablemente representada en sus soberanos. La historia de todos ellos se asemeja: guerreros y sabios a la vez, supieron dilatar el imperio y gobernarlo en la paz, mediante una prudente política de asimilación, todo lo contraria a las brutales conquistas de los aztecas.

Cápac Yupanqui, quinto soberano de la dinastía, fué uno de los que más lograron en aras del poderío incásico. También fué uno de los monarcas que más prendas de espiritualidad dió en su larga vida. Su habilidad para la oratoria queda demostrada en la anécdota con que inauguró su reinado. Parece que su elevación fué resistida por numerosos príncipes, sus hermanos bastardos. Cápac Yupanqui los reunió y supo dirigirles la palabra con tanta elocuencia que su antiguo rencor trocóse en adhesión a su persona. Más aún, su hermano Tarco Huaman que pretendía el gobierno, fué nombrado por él curaca y colmado de beneficios. Y ahogó así una rebelión mediante la armonía. Si Huascar, su último sucesor, hubiese empleado tal medio para conformar a Atahualpa, en vez de la crueldad empleada, quizá otro hubiese sido el resultado de la empresa española en el fuerte imperio incásico.

La fama de Cápac Yupanqui, como justiciero y prudente, fué tanta que dos caciques de Collasuyu, rivales por traición, aun desde antes que Manco Cápac fundara el imperio del Cuzco, decidieron anteponer sus diferencias al Inca y someterse a él. Porque la historia de las conquistas de Cápac Yupanqui, aunque muchas fueron sus hazañas guerreras, presenta la singularidad de que fué realizada mediante una habilísrma política de pene-

(1) Léanse los *Relatos merovingios* de Agustín Thierry; en la **Colección Universal**. Calpe. Madrid. Precio del tomo empastado: ₡ 2.75.

tración y sugestión, valiéndose de las provincias conquistadas para impresionar a las que pretendían resistirse a su dominio. Y en el reinado de Cápac Yupanqui no hubo rebelión, como en el de otros incas.

Innumerables son los hechos que denuncian la serenidad de su juicio, logrado junto a los amautas y haravecs del Cuzco imperial.

La intemperancia

Cápac Yupanqui, estando en guerra, cuidaba de que sus soldados fuesen temperantes. «La intemperancia es como un lento morir», dice un antiguo quipu. Y en los descansos, un haravec de los que siempre lo acompañaban en sus guerras o en sus frecuentes visitas por el imperio, narraba este apólogo:

«Vagando por la tierra, en forma de uturunco, Zupay se clavó una espina en una pata. Cuando toma una forma de animal, Zupay pierde sus poderes y así, sentíase dolorido y aullaba. En estas condiciones lo encontró un viejo, sacerdote en una tribu, porque esto ocurrió mucho antes que a esas regiones llegaran los guerreros del Inca. Este viejo poseía el secreto de curar: conocía el don de las hierbas y el poder que de sus combinaciones emana; pero actuaba en una tribu de hombres sobrios en los que su ciencia poco empleo tenía. Y el viejo encontrábase así olvidado, casi desdeñado por los suyos. Mediante sus conocimientos, sacó la espina de la pata del uturuncu. Éste, entonces, adquiriendo su verdadera figura casi humana, con patas, cola y cuernos de bestia, le dijo:

—¡Soy Zupay todopoderoso, pídeme lo que quieras!

El viejo le impuso de su misera condición en la tribu, por causa de que sus conocimientos no se necesitaban.

Zupay, vehemente y terrible, propúsole:

—¿Quieres que mande una peste y los mate a todos? ¡Tengo poder para hacerlo!

—No—respondió el viejo.— Yo sólo ambiciono que necesiten de mi ciencia. Quiero vengarme de ellos humillándolos, nada más. Hazlos intemperantes.

Lo hizo así Zupay. Y las enfermedades comenzaron a hacer presa en aquellos hombres, antes fuertes.

El viejo adquirió preponderancia sobre ellos que ahora solicitaban sus hierbas y sangrías. Tanta preponderancia, que el mismo cacique le rindió homenaje. Todos vivían como muriendo, y el anciano poseía el secreto de prolongar sus miserables existencias de intemperantes, presas bajo las garras del dolor. El poder de éste, se hallaba en sus vicios, no en él.»

La justicia

En una de sus primeras conquistas por el Sur, Cápac Yupanqui sometió a la región llamada Murumuru, y siguió adelante. Mas algunos de los hombres de Murumuru, una vez alejado el Inca, se insurreccionaron contra el curaca que éste les había impuesto. Cápac Yupanqui tuvo que volver atrás; pero al aproximarse él con su poderoso ejército, los rebeldes se sometieron sin combatir. Era preciso castigar a éstos, confundidos ahora con los que habían permanecido fieles. ¿Cómo distinguir a unos de otros? Hubo un general del Inca que le aconsejó castigar a todos; de tal manera, los culpables no quedarían impunes.

—Mala justicia es la que me propones—respondió Cápac Yupanqui—. Prefiero que los culpables queden impunes y no que los inocentes sufran por un delito que no cometieron.

Y perdonó a todos.

La guanaya [1]

Un cacique adicto, de los muchos que iban a pedir ayuda y consejo a Cápac Yupanqui, lamentábase de no poseer fuerza suficiente contra su vecino, otro cacique aun no sometido al imperio. Éste acostumbraba hacer incursiones, de las que volvía a su lugar victorioso y cargado de botín.

—¿Siempre las hace en tus tierras?—lo interrogó Cápac Yupanqui

—No, señor. A veces invade mis tierras y a veces la de otros caciques vecinos.

—Está avizor—aconsejóle el Inca—y cuando él invada otras provincias, tú hazlo en la de él. Todo enemigo, por más fuerte que sea, tiene un momento de debilidad. Es preciso descubrírselo y aprovecharlo. Te narraré la historia de la guanaya:

Lamentábase una infeliz guanaya:

—¡Ah, no ser como el cúntur, no ser como el cúntur! [2].

—¿Qué le ocurre?—preguntóle un enorme y viejo ococo [3] ¿qué le ocurre que así se queja? ¿Por qué quisiera ser como el cúntur?

—Para devorar a la catari [4] como lo hace el cúntur—respondió la guanaya infeliz—Para llevármela por los aires. alto, como lo hace el cúntur; y allá, bien alto, donde todos puedan ver el castigo de la ladrona, ¡devorármela!

—¿Qué le ha hecho la catari?

—¡Me ha comido un nidal de doce huevos!

—Desgracia es!—comentó el enorme y viejo ococo.

—Yo no me animo a atacarla—prosiguió la guayana infeliz—por causa del veneno. ¡Ah, si no tuviera veneno! ¡La partía a picotazos!

—¿Y eso la aflige? ¡No! Ya verá usted, guanaya, como la vamos a pillar sin veneno a la ladrona. Acuéstese allí, y espere. La catari tiene una costumbre peligrosa para ella: Nunca se baña con veneno. Cuando entra al agua, deja su bolsa de veneno entre los pastos, oculta. Es entonces cuando el cúntur aprovecha para llevársela arriba y devorarla. Esperemos.

Mucho tiempo esperaron. Por fin apareció la catari y entró en el agua.

—¡Ahora!—ordenó el ococo y, saltando hacia el sitio donde la víbora entrara al agua, buscó la bolsita blanca del veneno.

—¡Aquí está! ¡Tome, corra, llévesela lejos, y vuelva!

—La guanaya cogióla y corrió con ella.

Cuando volvía, la otra, acabando de bañarse, salía del agua.

La guanaya y el ococo, ocultos, aguardaron aún.

La catari, inquieta, buscaba su bolsa del veneno. No hallándola, comenzó a golpearse contra el suelo, desesperada. Se golpeó hasta matarse. Porque la catari prefiere morir antes que vivir sin el veneno que la hace peligrosa y temida. Un hombre puede vivir del recuerdo de su poderío. La catari, en su maldad, es más orgullosa que el hombre.

—¿No ve, guanaya?—comentó el ococo enorme y viejo, triunfalmente, regocijado por el éxito de su experiencia—. ¿No ve cómo hasta los seres venenosos pagan sus maldades? Todo está en hallarlos en su momento de debilidad, es decir, cuando no tienen veneno. Pero ese momento de debilidad, en el enemigo más poderoso que nosotros, hay que saber esperarlo.

La guanaya, a picotazos, partía el cadáver de la odiada ladrona de sus huevos...: en vez de escuchar las palabras del ococo, más útiles para ella que su venganza póstuma. Pero los animales que vuelan son frágiles de memoria, livianos de entendimiento. La experiencia es pesada, vive en la tierra, no en los aires. La experiencia es el patrimonio de los animales que no poseen plumaje vistoso ni alas engañadoras.

Ernesto Morales

---

1 La guanaya, ave del tamaño de una gallina común. Son acuáticas, por eso ponen sus huevos entre los yuyales, junto a la orilla.

2 Cóndor.

3 Sapo.

4 Género de víbora muy venenosa.

Imprenta, Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica